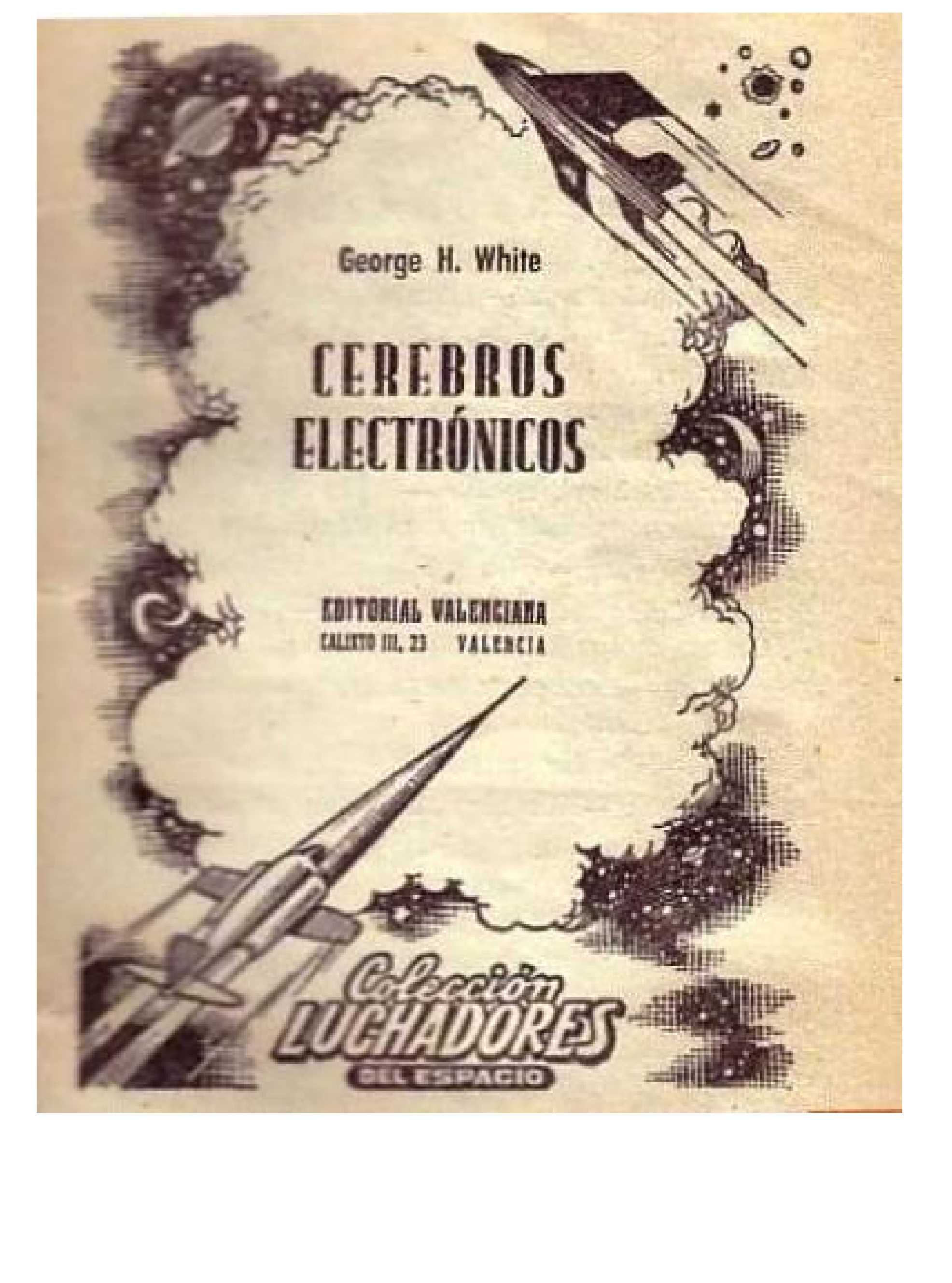

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
CEREBROS ELECTRÓNICOS
POR George H. White


George H. White
CEREBROS ELECTRÓNICOS
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Cerebros Electrónicos
CDU: 821.134.2-31”19”

Autor: White, George H. (1923-2006)

Publicación Valencia: Editorial Valenciana, [1954]

Serie Luchadores del espacio; 4

Ilustración de la cubierta: Tomás Porto

PERSONAJES

Miguel Angel Aznar. —Joven aviador español.

Bárbara Watt (de Aznar). —Joven y bella esposa del anterior.

Harry Tierney. —Millonario norteamericano, dueño de la «Tierney Air Company.

Profesor Erich von Eicken. —Sabio alemán, inventor de un combustible para motores a reacción.

Else von Eicken. —Hija del anterior.

Profesor Luis Frederich Stefansson. —Viejo sabio distraído, compañero de miguel Angel.

Edgar Ley. —Delineante de la fábrica de aviones de Harry Tierney.

Bill Ley. —Hijo del anterior.

Thomas Dyer. —Mecánico de la fábrica de aviones.

George Paiton. —Ex piloto de la Air Force, compañero de Miguel Angel en sus anteriores aventuras.

Richard Balmer. —Hercúleo radiotelegrafista, también compañero de aventuras de Miguel Angel.

PRINTED IN SPAIN

Scan by Nagash



CAPITULO PRIMERO

EL VAGABUNDO DEL ESPACIO

MIGUEL Angel Aznar de Soto alargó la mano hacia el conmutador, encendió la luz y tomó el teléfono. Despertada por el repiquetear del timbre. Bárbara Watt de Aznar, rebulló en la litera inferior. Angel, todavía con el sueño pegado a los parpados, se llevó d auricular al oído.

—¿Diga?

Al otro extremo de la línea habló la voz excitada de Richard Balmer.

—¡Soy yo, Richard! ¡Estamos en la cabina de mando, venga corriendo!

—¿Qué ocurre?

—Todavía nada, pero algo muy gordo va a ocurrir dentro de poco y el profesor von Eicken me ha mandado despertar a todos.

—Está bien —gruñó Angel completamente espabilado—: Allá voy.

—¿Qué pasa? —interrogó Bárbara mientras su marido sujetaba el teléfono a la horquilla con un elástico para impedir que volara por los aires[1] —. ¿Quien llama?

—Richard. Algo ocurre, pero el muy majadero no ha especificado

qué cosa —gruñó Angel haciendo fuerza para descolgarse de la litera al piso.

—¿Yo voy también?

—Quédate. Sí fuera algo grave hubieran sonado los timbres de alarma.

—Te acompañaré —murmuró Bárbara—. De todas formas no podría dormir sabiendo que algo anormal ocurre. ¿Qué será? ¿No estaremos cayendo otra vez hacia Venus?

—¿Después de diez días de viaje y a varios millones de kilómetros de Venus? —refunfuñó Angel—. No... eso no puede ser.

—Dios te oiga —murmuró Bárbara saltando de su litera y enfundándose en un batín—. Sólo de pensar que pudiéramos volver a Venus se me pone la carne de gallina.

Angel sonrió de los temores de su mujer. Sin embargo estaba intranquilo. La posibilidad de que por alguna desconocida causa estuvieran regresando a Venus era muy remota, mas no de todo imposible. Fuera lo que fuere, algo ocurría, y se apresuró a echarse el batín sobre el pijama y a salir del camarote al corredor cuidando de meter las puntas de los pies en las asas de correa distribuidas por el piso para no flotar en el aire.

En el corredor se les reunió Thomas Dyer.

—Creí que se trataba de una avería—dijo Angel.

—¿Avería? —gruñó el mecánico—. ¿Con los motores parados?

—¡Es verdad! —rió Angel—. Nunca me acostumbraré a la idea de que se puede viajar por el espacio con los motores parados.

Habían llegado ya a la cabina de mando, situada en la acristalada proa del «Lanza P-50». Allí estaban ya el profesor Erich von Eicken, Richard Balmer, Harry Tierney, George Paiton y los perros «Kim» y «Chita». Pisando los talones de Angel llegaron los dos Ley, padre e hijo, y también Else von Eicken, la hija del sabio alemán. Todos iban envueltos en sus batines dejando asomar los más diversos pijamas, excepto Richard Balmer y el profesor von Eicken que estaban de guardia e iban completamente vestidos. La faz del sabio era singularmente grave. En los demás, el gesto era de sorpresa y alarma. El profesor Louis Frederich Stefansson llegó el último.

—¿Qué ocurre?—preguntó Miguel Angel.

Von Eicken estaba ante el potente telescopio que les servía para descubrir los aerolitos, escollos del espacio sideral, antes de que

tuvieran tiempo de chocar contra el «Lanza».

—Véalo usted mismo por el telescopio, míster Aznar—invitó.

Angel pegó el ojo al objetivo y vio un punto diminuto que cruzaba el campo visual del telescopio con gran velocidad. Era como una estrella de vivo resplandor azul. A través del telescopio, pese a los muchos aumentos que acortaban considerablemente la distancia, era apenas un punto de luz sin más particularidad que la velocidad con que cruzaba de derecha a izquierda.

—¿Hay algo de particular en esa estrella? —preguntó Angel separando el ojo del objetivo y mirando al profesor von Eicken.

—No es una estrella —dijo von Eicken—. Profesor Stefansson, ¿quiere mirar usted ahora?

Mientras el profesor miraba, el sabio alemán repitió:

—No es una estrella, sino un planeta vagabundo. En realidad ignoro qué planeta es ese, de dónde viene ni adonde irá después.

Míster Stefansson se irguió con cara preocupada. Else von Eicken le sustituyó en el telescopio.

—Es una estrella muy bonita —observó la muchacha admirando el intenso brillo azul de aquel andarín del espacio.

—Será nuestra ruina si Dios no quiere que me haya equivocado en mis cálculos —profetizó el profesor—. Cuando descubrí a ese astro con ayuda del telescopio Se encontraba mucho más a la derecha, por el lado de babor. Observen que el telescopio apunta ahora casi directamente al sol, por la popa. Con ayuda de los instrumentos he calculado su velocidad en unos cuatrocientos mil kilómetros por segundo.

— ¡Una velocidad superior a la de la luz! —exclamó Angel estupefacto—. ¡Pero eso es imposible, porque de correr más que la luz no lo veríamos hasta mucho después de haber pasado ante nosotros!

—¿Y quién le dice a usted que él esté allí donde le vemos? Ese planeta vagabundo describe una órbita muy excéntrica de forma elíptica alrededor del Sol. Esto equivale a decir que mientras estamos viendo su imagen cerca del borde del Sol, por la derecha, el planeta ha completado ya su vuelta por detrás del Sol, saliendo por la izquierda y llegando a este punto al mismo tiempo que su propia imagen.

— ¡Profesor Eicken! —chilló Angel—. ¿Sabe usted lo que dice?

—Por desgracia, míster Aznar, digo que su imagen está todavía tocando el borde del Sol a millones de kilómetros de distancia, PERO

EL ESTA AQUI —dijo von Eicken señalando, hacia abajo, a sus pies.

—¡¡Aquí!!

—Si no aquí precisamente, muy cerca de nosotros. Sigue nuestro mismo camino dándonos alcance por segundos y por eso les llame. Si mis cálculos no están equivocados está pasando ahora por nuestra proximidad, y si ocurre así nos arrastrará con su tremenda fuerza sin que todo el poder de los motores de nuestro «Lanza» nos evite estrellarnos contra su superficie.

Un silencio de muerte acogió las palabras del profesor. Todos los ojos iban desde el Sol hasta el punto donde acababa de señalar el gran hombre de ciencia. Angel miró interrogativamente al profesor Stefansson y éste le respondió asintiendo con mudos movimientos de cabeza.

—¿Cree que estamos cayendo ahora hacia ese planeta, míster Eicken?—preguntó Miguel Angel con voz ronca de angustia.

—Todavía no, pero lo que tenga que ocurrir no se hará esperar ni un minuto. Sí ese planeta nos arrastra nuestra velocidad pasará a ser también superior a la de la luz, y en tal caso dejaremos de ver su Imagen.

—¿Y si diéramos marcha atrás a los motores?

—No podemos hacerlo sin saber por qué lado nos arrastrara. Si nos atrae por la popa, en vez de frenar nuestra caída la aceleraremos. No hay más solución que esperar... esperar...

El profesor Stefansson se abalanzó sobre el telescopio y pegó los cristales de sus gafas de miope a los de la lente. El planeta vagabundo había recorrido ya tanta distancia que el profesor tuvo que apuntar con el telescopio mucho más a la Izquierda.

—¡Asombroso! —exclamó—. ¡Ya ha salido por el otro lado del Sol!

Una corriente helada estremeció a los audaces astronautas.

—Recemos... —musitó Bárbara—. ¡Dios mío, no permitas que nos arrastre ese mundo extraño!

Siguieron unos segundos de silencio. Sólo se escuchaba el bisbisear quedo de Bárbara y Else mientras rezaban. Míster Stefansson seguía con el telescopio la loca carrera del vagabundo de los espacios. De pronto lanzó un grito,

—¡La imagen vacila... se borra... desaparece! ¡Ha desaparecido!

Los hombres se miraron unos a otros con terror. Miguel Angel

trató de recobrar la serenidad comentando:

—Eso puede significa también que ya pasó delante de nosotros y su luz nos viene a la zaga sin llegar todavía hasta nosotros.

—Si nos está arrastrando hay un modo muy fácil de comprobarlo —dijo el profesor von Eicken pálido como un cadáver—. Pruebe a saltar.

Angel sacó los pies de las asas de cuero que cubrían el piso. El campo magnético del «Lanza» no le hizo ascender. Para más comprobación dio un salto. Cayó otra vez atraído por la fuerza de gravedad del planeta que ya actuaba sobre ellos.

—No cabe duda —murmuró von Eicken—. ¡Nos arrastra!

—¡Y no podemos ver a ese maldito planeta! —gritó George Paiton.

—No perdamos el tiempo en lamentaciones—advirtió von Eicken precipitándose hacía los complicados mandos del «Lanza P-50»—. Lo más importante ahora es poner los motores en marcha y ver de amortiguar nuestra caída.

Thomas Dyer, que era con el profesor von Eicken el encargado de los motores del «Lanza», se lanzó detrás del profesor y dio vuelta con resolución a las llaves del encendido. Luego corrió hacia las palancas de los motores de arranque. Mientras tanto, el sabio alemán echó un vistazo a los indicadores del monstruoso salpicadero.

—Funciona el nivel, el altímetro y el barómetro —anunció—. El nivel señala que estamos cayendo en picado hacia el planeta.

—El altímetro indica doscientas sesenta millas de altura —añadió el profesor Stefansson—. No podemos fiarnos de él desconociendo la presión atmosférica de este planeta, pero la rapidez con que esta bajando nos dice al menos que nuestra caída se acelera.

—¡Ponga los motores en contramarcha, míster Dyer! —gritó el alemán—. ¡Antes de que se acelere demasiado nuestra caída!

Thomas Dyer movió con celeridad y precisión las palancas del puesta en marcha. La estructura metálica del «Lanza» vibró, y a través de los cristales de la cabina fue posible ver la deslumbrante llamarada que lanzaron los gases en su primera bocanada al salir con terrible fuerza por el tubo de los motores gemelos.

Bárbara y Else, cogidas de la cintura, lanzaron un suspiro de alivio al ver que los motores del aparato funcionaban a la primera orden. Sin embargo, el peligro no estaba conjurado ni mucho menos.

—¡El altímetro indicaba que sigue acelerándose nuestra caída!—aviso el profesor Stefansson.

—Lance las palancas a fondo, míster Dyer—gritó von Eicken.

El mecánico puso las palancas en su límite. Tenía el rostro cubierto de sudor. Aunque en la cabina del «Lanza», herméticamente cerrada, no era posible percibir ningún ruido exterior, los dos motores debían de estar lanzando un alarido potente y terrorífico.

—¡Continuamos acelerados!

Todos los ojos estaban fijos en la aguja del altímetro, que avanzaba cada vez más aprisa por la esfera numerada.

—¡No podemos hacer nada más que esperar a que entremos en la atmósfera de este planeta... si acaso la posee—murmuró el profesor Erich von Eicken.

Siguieron unos segundos de mortal angustia. Súbitamente se dejó sentir un choque blando y una tremenda vibración. Parecía como si el aparato fuera a desintegrarse de un momento a otro.

—¡Chocamos contra la barrera de la atmosfera! —avisó von Eicken.

Miguel Angel, que tenía una mano apoyada sobre el metal del salpicadero, dio un salto al sentir una quemadura en la mano. Al mismo tiempo la voz ronca del profesor Stefansson cantó:

—¡Ciento sesenta grados de temperatura!

La frotación de la superficie del «Lanza» contra el aire era tan violenta que la columna termométrica ascendió velozmente. Todos los objetos metálicos y el costillaje del «Lanza» abrasaban. En las mentes de los once arrojados expedicionarios palpitaba el mismo pensamiento angustiado: «¡Ahora viene la catástrofe... ahora llega!»

—¡La atmósfera de este planeta nos ha quitado impulso! —gritó míster Stefansson con acento triunfal—. ¡Nuestros motores están dominando a la fuerza de atracción!

—¡Velocidad mil diez millas por hora!—gritó Edgar Ley.

—¡Altura sesenta millas!—anunció Thomas Dier.

Miguel Angel Aznar y Harry Tierney se precipitaron al mismo tiempo hacia los mandos. Cada uno ocupó un sillón. Sus manos asieron al mismo tiempo las palancas, pues todos hablan comprendido que Jo más importante en estos momentos era sacar al «Lanza» de aquella picada que le llevaba hacia el planeta a una velocidad todavía superior a la del sonido.

Tiraron hacia sí con todas sus fuerzas. Las palancas parecieron estar agarrotadas en un principio. Luego, lentamente, fueron cediendo y el nivel indicando que estaba consiguiendo su intento.

Ambos miraban ansiosamente a la esfera del altímetro. En pocos segundos habían bajado de las 160 millas a las 70, y todavía seguían bajando.

—¡Cuidado! —les advirtió von Eicken situándose a espaldas de los dos sudorosos pilotos—. No podemos fiarnos de nuestro altímetro. Si la atmósfera de este planeta es más densa que la de la Tierra, el altímetro indicará cero cuando todavía nos encontremos a considerable altura. Pero si la atmosfera de este mundo es más ligera que la del nuestro, nos habremos estrellado cuando el indicador señale todavía un buen puñado de millas de altitud.

La explicación del profesor era obvia. Ambos pilotos habían comprendido esto mucho antes y por eso estaban esforzándose por sacar al «Lanza» del picado.

Lo consiguieron cuando el altímetro indicaba 30 millas, y un formidable suspiro de alivio acogió su triunfo. Mas, ¿y ahora? Todo era oscuridad a su alrededor.

—No importa —dijo el profesor Stefansson—. Volando todo recto daremos la vuelta a este extraño mundo y llegaremos al hemisferio iluminado por el Sol.

De pronto, tan inesperadamente que todos dieron un salto, las sombras que circundaban el «Lanza P-50» se vieron rasgadas por una grieta quebrada de luz cárdena. Simultáneamente, Miguel Angel y Harry Tierney lanzaron un grito de alarma. El fugaz relámpago les permitió ver por una fracción de segundo algo inesperado. Estaban volando a tremenda velocidad a ras de un tenebroso mar. Una ola de treinta metros de altura se abalanzaba contra el «Lanza».

—¡ ¡Cuidado!!

Tiraron a un tiempo de las palancas de mando.

Pero era tarde. La afilada proa del «Lanza» embistió contra la ola y la fuerza del choque arrojó al piso a todos en confuso montón. Harry Tierney y Angel sufrieron el topetazo mayor. La cabeza de Harry chocó violentamente contra el salpicadero y Angel sintió que las palancas le golpeaban en el estomago al mismo tiempo que parte de los cristales saltaban por el aire dejando entrar un torrente de agua.

Las luces se apagaron, el «Lanza» crujió de proa a popa como si acabara de recibir un bastonazo ciclópeo, y en mitad de la confusión se dejaron oír gritos de dolor y de miedo. El aparato descendió en la

oscuridad hacia abajo. Luego, una ola tremenda lo levantó en vilo dejándole caer con otro escalofriante crujido. La luz volvió a brillar permitiendo ver la cabina medio anegada de agua y a todos los expedicionarios chapoteando aquí y allá. Por los cristales rotos seguía entrando un alud de agua.

Harry Tierney yacía sin sentido en el piso. Angel, aunque sintiendo un terrible dolor en la boca del estómago, escupió el agua atrozmente salada que llenaba su boca y corrió rápidamente en auxilio del joven.

Thomas Dyer se precipitó hacia los mandos, apenas pudo reponerse del topetazo recibido y paró los motores.

—¡Atrás! —gritó el profesor Stefansson—. Abandonemos esta cabina o nos hundiremos.

Habían otros conmocionados, entre ellos míster Erich von Eicken y Edgar Ley. Richard Balmer tenía un espantoso corte en la mejilla a consecuencia de un pedazo de cristal y otros estaban más o menos arañados.

Comenzaron la evacuación de la cabina apresuradamente. Angel, ayudado por su esposa, arrastró el cuerpo exánime de Harry hasta el corredor, donde fueron llegando los demás transportando a los desmayados. El «Lanza» tenía sólidos compartimientos estancos como los buques y había uno que separaba la cabina de proa del corredor. Cuando cerraron esta puerta reuniendo las fuerzas de Angel, de George Paiton, del profesor Stefansson y de Bárbara Watt, el agua les llegaba ya hasta por encima de las rodillas.

Una vez asegurada la puerta metálica llevaron a los heridos hasta el salón comedor. A través de los cristales de los redondos ventanos entraba el fulgor lívido de los relámpagos. Una gran tempestad zarandeaba al «Lanza» como si se tratara de un cascarón de nuez, y en aquellas circunstancias hacía se difícil andar arriba y abajo buscando vendas, alcohol, pomadas y demás útiles de cura. Todo el piso bajo del «Lanza» estaba invadido por un metro de agua. Angel puso en marcha las bombas de achique y regresó al salón comedor, libre de la molesta invasión de las aguas.

Durante dos horas, según los relojes de la Tierra, la tempestad continuó arreciando con terrible fuerza. Al cabo de estas dos horas se dejó oír un estrepitoso crujido y todos salieron rodando por los pisos. El «Lanza P-50», orgullo de Harry Tierney y del profesor von Eicken acababa de encallar en un escollo.

Angel bajó al piso inferior y comprobó que estaba inundándose con alarmante rapidez. Las luces seguían brillando gracias a la

previsión de los constructores del «Lanza».

Angel volvió al piso superior, llamó a George Paiton y abrieron una de las escotillas de escape situada detrás de los cartones de 20 milímetros de babor. Una racha de viento helado mezclada con lluvia les azotó el rostro. Les consoló comprobar que aquel aire contenía oxigeno y era absolutamente respirable. Angel fue en busca de uno de los proyectores transportables, y al pasar por el salón dio a sus afligidos compañeros la buena noticia:

—La atmósfera de este planeta contiene oxigeno. Podremos vivir en el.

—¿Vivir hasta cuándo?—preguntó Bárbara.

La pregunta tenia difícil respuesta. Si el «Lanza» no podía repararse estaban condenados a quedarse en este extraño mundo eternamente. Y Angel pensaba que, aunque el «Lanza» volviera a estar en condiciones de volar algún día, sería muy difícil que pudieran regresar a la Tierra Jamás. Eran como náufragos encallados en una isla en mitad de un inmenso mar, el cosmos.

Volvió a la escotilla de escape. Instaló el proyector con ayuda de George y asestó el haz luminoso hacia las sombras. La luz les permitió comprobar que estaban ensartados en una línea de afiladas rompientes. A corta distancia, el proyector les dejó ver una playa y unos leñosos y extraños árboles azotados por el huracán.

Regresaron al salón. Richard Balmer salió de la cabina de radio. Llevaba los auriculares puestos y una luz de esperanzada sorpresa en los ojos.

—¡Quieren venir a escuchar la radio? —pregunto—. He interceptado un radio. Este planeta está habitado a lo que parece.

—¡Habitado!—exclamaron varias voces.

—¿Habitado por quién?—preguntó Angel precipitándose hacia la cabina de radio.

—Por nuestros amigos los hombres azules de Venus—dijo Richard.

—¡Imposible!

—Bueno, al menos el Idioma que hablan estos hombres es aquel. Lo he entendido sin gran dificultad—aseguró Richard.

CAPITULO II

HOMBRES MECANICOS

Los expedicionarios, incluidos Harry Tierney y Edgar Ley ya repuestos de su desvanecimiento, se reunieron en silencioso semicírculo en torno el aparato receptor de radio y a Richard Balmer, sentado ante el. El tornavoz dejó oír una serie de silbidos y carraspeos, sin duda causados por la tempestad, y tras unos minutos de impaciente espera se escuchó una vez extrañamente metálica y dura que decía:

—¡Aquí estación RV-4 llamando a RD-9… el rio salió crecido arrastrando las instalaciones de Acuto. Las fábricas D y H paralizadas por falta de fluido. Emitan ondas en 18 metros con intensidad 10! ¿Comprendido?

La respuesta de la estación RD-9 no pudieron escucharla nuestros amigos, pero en cambio oyeron a la estación RV-4 diciendo:

—Acordes. Cortamos.

Un pitido dio la señal de fin de emisión. Los expedicionarios cruzaron entre si una mirada de perplejidad.

—No cabe duda —dijo el profesor Stefansson—. La lengua que acaban de escuchar es la de los hombres azules de Venus.

—¿Estará la civilización *saissai* repartida por todo el universo ejerciendo su influencia en los más remotos mundos?—murmuro von Eicken.

—Cabe en lo posible que los hombres azules que acabamos de dejar en Venus no fueran los únicos supervivientes de la Luna —observó Harry Tierney—. Dore, según nos refirió, se encontraba muy lejos de la Luna con su escuadra al sobrevenir la explosión que aniquiló a todos sus habitantes2.

—Bien —dijo el profesor Stefansson—. En cierto modo es consolador encontrar en este mundo gentes de aspecto parecido al nuestro.

—¿Quién sabe? —murmuró von Eicken. Y volviéndose hacia Richard añadió—: Convendría que no se apartara usted de sus aparatos y que averiguara la dirección en que vienen esas ondas. ¿Podrá hacerlo?

—Desde luego. No me moveré de aquí hasta que vuelva a interceptar esas llamadas.

Regresaron todos al salón dejando al radiotelegrafista de guardia

ante sus aparatos. Poco después comenzó a amanecer. La tempestad amainaba con rapidez y las sacudidas del «Lanza» fueron cesando según el Sol se elevaba por el horizonte. Amaneció por Occidente, o sea al contrario que en la Tierra, y lo combado del horizonte marino, así como la celeridad con que el Sol ascendía hacia el cénit. Indujeron a los sabios profesores, míster Stefansson y von Eicken a conjeturar que el tamaño de este planeta era muy pequeño y que la velocidad de su movimiento de rotación era extremadamente grande.

—El día, seguramente, no duraría más de cinco horas —dijo von Eicken—. Tendremos que apresurarnos a caminar nuestra situación antes de que vuelva a oscurecer. Mientras nosotros revisamos el estado del casco, usted, míster Tierney, y usted, míster Aznar, pueden elevarse con el helicóptero y explorar los alrededores.

Disponíanse a marchar cada cual a su ocupación cuando Bárbara retuvo al profesor von Eicken por un brazo diciendo:

—Un momento, míster Eicken. Si fuera posible poner al «Lanza» en situación de volar… ¿podríamos volver a la Tierra?

—Mistres Aznar —dijo el sabio con voz grave—. Lamento tener que decirle que, sea cual fuere el estado de nuestro avión, podemos descartar la idea de utilizarlo para un retorno a nuestro mundo. Si no pudimos sustraernos a la fuerza de atracción de este planeta al caer, ¿cómo quiere usted que la venzamos más tarde para salir de aquí?

—O sea, que podemos considerarnos condenados a vivir eternamente en este mundo, ¿no es eso?

—Sí, señora. A menos que los habitantes de este mundo dispongan de una nave interplanetaria más poderosa que la nuestra, lo cual pongo en duda.

—¿Por qué?—preguntó Miguel Angel.

—Porque este mundo, gracias a la excentricidad de su órbita y a la velocidad con que recorre el espacio, debe estar sujeto a los más diversos cambios de clima que pueda imaginarse. Las condiciones de vida aquí no deben de ser muy envidiables. Si los pobladores de este mundo son *saissais,* como los de Venus y los que antaño habitaran nuestra Luna, cabe suponer que están aquí por las mismas causas que nosotros. Quiero decir que sus naves serian arrastradas como lo fue el «Lanza y que de tener la posibilidad de abandonar este planeta ya lo hubieran hecho tiempo atrás.

—Es cuanto necesitaba saber —dijo Bárbara con gran serenidad —. Creo que en beneficio de todos debemos descartar la posibilidad de que exista un aparato capaz de llevarnos a la Tierra y también la de

que seamos capaces de apoderarnos de él. Comencemos por prepararnos a vivir aquí toda una vida.

—Apruebo su idea, señora —dijo von Eicken—. Realmente si, será mejor que no nos forjemos excesivas ilusiones.

—En tal caso nos ahorraremos la gasolina del helicóptero y efectuaremos nuestra exploración utilizando los «baks»—dijo Harry Tierney.

Los «baks» eran unos maravillosos aparatitos de manufactura selenita, gracias a los cuales pudieron escapar nuestros amigos de la Ciudad Congelada dos semanas antes[3]. No abultaban mucho más que una mochila de campaña de tipo corriente y tenía fuerza bastante para llevar a un hombre por el aire a la velocidad de un avión terrestre de hélice dándole tanta libertad de movimientos como un pájaro. Se sujetaba a la espalda por unos tirantes que iban a unirse en el pecho y su manejo no podía ser más sencillo ni más simplificado.

A bordo del «Lanza» hablan once de estos estupendos aparatos. Cada «bak» se complementaba con una especie de «mono» metálico, formado por millones de pequeñísimas escamas de un hermoso azul celeste, y con una escafandra de vidrio para que el aire no molestara a los aviadores en los ojos, en la boca o en los oídos.

Miguel Angel y Harry Tierney se enfundaron en sendas mallas, se ajustaron la escafandra de cristal al circulo metálico que descansaba sobre sus hombros y, tomando cada cual un ligero fusil ametrallador, un estuche de municiones y una pistola «German Luger», avanzaron con su chocante aspecto de «robots» hacia el hangar del helicóptero y el «jeep».

Bill Ley y George Paiton ya habían dejado caer la enorme puerta que se abría hacia afuera formando una excelente plataforma. Se situaron allí, apretaron un botón colorado sobre la pequeña caja de mandos situada sobre el pecho y se dejó oír un suave murmullo, el del motor del «bak». Acto seguido empujaron hacia arriba una palanquita y salieron disparados hacia los aires como si una ráfaga de viento de fuerza jamás vista les arrebatara del suelo.

Ascendieron rectos hasta alcanzar los cien metros de altura, una vez a esta altura volvieron la palanquita al centro, con lo que quedaron suspendidos e inmóviles en el espacio.

—¡Adelante! —gritó Angel dando un pequeño giro a un botón.

Los dos terrestres empezaron a volar hacía adelante. La fuerza del viento que desplazaban empujaba sus piernas hacia atrás, de modo que volaban casi en posición horizontal, lo que resultaba muy

cómodo.

En la nuca, en la parte exterior de la escafandra de vidrio, llevaban el aparato de radio. Dentro de la campana de cristal la voz de Richard Balmer resonó incluso con excesiva claridad y fuerza al preguntarles por radio:

—¿Qué tal? ¿Cómo se sienten ustedes?

—«Estupendamente —aseguró Harry—. Volamos ahora sobre un bosque de extraños árboles, desprovistos de hojas.

—En todo lo que alcanzamos a ver no se distingue un bicho viviente —añadió Angel—. El bosque tiene una anchura como de cinco millas. Luego hay una extensión de terreno volcánico surcado de torrenteras y barrancos y después unas montañas de unos trescientos metros de altura. Vamos a subir a esas montañas y a echar un vistazo a lo que haya detrás.

Tal y como nuestros amigos iban relatando a Richard, el panorama que alcanzaban a ver no podía ser más desolado, triste y áspero a la vez. Fuera del bosque de retorcidos árboles no había un matojo, un matorral ni una brizna de hierba. Barrancas y más barrancas, peñascos de un color plomo y grandes extensiones de terreno volcánico era todo cuanto se ofrecía a sus ojos. Al aproximarse a las montañas y ganar altura comprobaron que entre las grietas de las peñas quedaban vestigios de nieve. Un silencio mortal lo presidia todo dando la sensación de hallarse en un mundo muerto, rudo, brutal y sombrío. El cielo era de un extraño azul verdoso y estaba surcado por veloces nubes de color gris.

—Les dejo hasta dentro de quince minutos —se oyó decir a Richard por radio—. Voy a ver de localizar a esa emisora que estuvo funcionando esta madrugada.

—Hasta luego, Richard. Nosotros seguimos ganando altura—dijo Miguel Angel.

Unos minutos más tarde nuestros dos amigos ponían pie sobre el más alto risco de la más elevada de las oscuras montañas. La vista que desde allí se abarcaba era más pequeña de lo que esperaban. La razón, sin duda, consistía en que la pequeñez de este planeta o asteroide daba una considerable curvatura a su superficie limitando la visibilidad. Al otro lado de las montañas había un valle cubierto de manchas irregulares de hierba y surcado por un riachuelo de abundante corriente, a orillas del cual podían verse algunos árboles retorcidos, como almas en pena quejándose de dolor.

Se echaron hacia atrás las escafandras y al hacerlo les azotó la

cara un viento fuerte, frió y húmedo que llegaba del mar. Habían estado volando con el viento a la espalda y por eso no lo notaron. En estas alturas, sin embargo, tuvieron que ponerse de cuclillas para que el viento no los derribara del risco.

—Extraño mundo este —comentó Harry mirando a su alrededor con el ceño fruncido—. ¡Qué desagradable!

—Es preferible mil veces Venus con todas sus brumas, sus bosques asfixiantes y sus extrañas y horribles criaturas —dijo Angel—. ¡Y pensar que tal vez estemos condenados a vivir en el por todos los años de nuestra vida!

—No seamos pesimistas, míster Aznar. ¿Quién sabe las cosas que pueden ocurrir antes de que muramos?

—Morir no debe de ser difícil en este mundo extraño —masculló el español—. Lo difícil va a ser sobrevivir.

Un destello hirió las pupilas de los dos terrestres. Muy lejos, a ras de la línea del horizonte, algo brillaba reflejando los rayos del sol.

— ¡Hombre! —exclamó Harry poniéndose en pie y sacando los prismáticos del estuche—. ¿Qué será eso?

Graduó las lentes, se las echó a los ojos y estuvo un minuto mirando en la dirección del reflejo, que al cabo se extinguió.

—¡Una ciudad!—murmuró el norteamericano.

—¡Traiga acá—masculló Angel saltando en pie y arrebatando los prismáticos a Harry.

Lo primero que vio Miguel Angel fue una esbelta torre metálica, como las que en la Tierra sostenían las antenas de las poderosas emisoras de radio. Al pie de esta torre, cuya altura debía de ser considerable, se veía otra algo más pequeña. Luego, de un modo confuso a causa de la bruma, alcanzó a ver lo que parecía el remate de una gigantesca esfera de cristal. Mientras estaba mirando el Sol tornó a centellear sobre el vidrio. Angel apartó los prismáticos deslumbrado.

—¿Qué tal?—le preguntó Harry Tierney.

—Esas torres han sido levantadas por el hombre, no cabe duda.

—¿Le parece que vayamos a echarles un vistazo?

—Lo considero una imprudencia a pleno día. Ignoramos cuáles serán las intenciones respecto a nosotros de los habitantes de este mundo en cuanto conozcan nuestra presencia. Volvamos al «Lanza». Daremos cuenta de nuestro descubrimiento y mientras anochecerá. No veo inconveniente de que nos acerquemos a curiosear protegidos por

la noche.

- Así lo hicieron, volando velozmente desde las montañas al «Lanza». Bill Ley y George Paiton, ambos en traje de baño, acababan de salir del agua, donde habían estado buceando y examinando el casco del aparato.

—No creo que podamos volverlo a poner a flote —dijo George Paiton—. El casco está firmemente encajado entre los escollos y tiene un agujero de tres metros de diámetro.

—Cerraremos los compartimientos estancos, sacaremos el agua con las bombas de achique y tal vez nos desprendamos—dijo von Eicken.

Angel y Harry dieron entonces cuenta de lo que acababan de ver. Por otra parte, Richard Balmer había vuelto a interceptar un mensaje de la misteriosa emisora de radio y había situado su emplazamiento precisamente en la misma dirección en que los dos exploradores localizaron a las torres metálicas y a la cúpula de cristal. Míster von Eicken aprobó los planes de Angel para visitar la ciudad o lo que fuera durante la noche.

Mientras comían, el sol empezó a caer sobre las plomizas montañas que limitaban el horizonte por Oriente. El día había durado unas cinco horas terrestres, confirmando así las teorías de los sabios. Inmediatamente se discutió cuántos y quienes debían de formar parte de la expedición exploradora. Fueron designados los más fuertes y jóvenes: Harry Tierney, Miguel Angel Aznar, Richard Balmer y Bill Ley.

Discutieron a continuación las ventajas e inconvenientes de que los exploradores se mantuvieran en contacto con el «Lanza» por radio. Finalmente se decidió no utilizar la radio para nada. Richard hizo comprender a los demás los riesgos que una comunicación así implicaba, pues de la misma forma que ellos habían interferido un radio, podrían descubrirles a ellos los habitantes de este mundo.

Una hora después de oscurecido los designados se vistieron sus trajes especiales, se adosaron los «baks» y emprendieron el vuelo hacia la misteriosa ciudad. En un principio iban unidos por una larga cuerda para no perderse en la oscuridad, más al alcanzar cierta altura fueron perfectamente visibles las resplandecientes luces de la intrigante ciudad, de modo que les sirvió estupendamente de guía.

Volaron a lo largo de la costa durante quince minutos, al cabo de los cuales se encontraron a media milla de distancia de las luces. Lo que Angel tomara antes por simple cúpula de cristal era en realidad toda una gigantesca campana de vidrio transparente encerrando los

focos, las azoteas y las calles de una hermosa ciudad que cubría una milla cuadrada de terreno. En mitad de la noche, aquella fantástica ciudad emergía de las sombras resplandeciente y magnífica. La cúpula se elevaba a 500 metros de altura encerrando en su interior unos edificios cónicos, altos y esbeltos como los rascacielos de la añorada ciudad de Nueva York, acribillados de millares de ventanas iluminadas.

Los terrestres quedaron mudos y sobrecogidos de admiración a la vista de aquella fastuosa ciudad encerrada en su transparente concha de vidrio. Varias pistas o terrazas se deslizaban por la parte exterior de la enorme campana, y los edificios estaban unidos también por estos caminos aéreos, cuya sola vista infundía vértigo.

Inmóviles, mudos de admiración, nuestros amigos admiraron la ciudad durante largo tiempo. Finalmente, Angel rompió el silencio diciendo:

—Bien, sigamos adelante. Nos pesaremos sobre una de esas pistas que corren alrededor de la cúpula.

Reanudaron el vuelo. Según se aproximaban más y más a la ciudad más y más crecía su admiración. Vieron entonces que cada calle tenía varias pistas, unas sobre otras y deslizábanse junto a las fachadas de los esbeltos edificios. Por estos caminos aéreos se deslizaban unos vehículos extraños y veloces y unas figuras de hombres. Sin embargo, los habitantes de aquella ciudad y los vehículos que la recorrían parecía ser muy pocos en proporción al tamaño de los edificios y a la populosidad que aparentaba.

Los terrestres, surcando el aire como pájaros, fueron a posarse con suavidad en una de las carreteras que circundaban la esfera de vidrio. La carretera tendría unos veinte metros de anchura y estaba bordeada por un parapeto. Tanto el parapeto como la materia de que estaba construida la pista eran transparentes y sumamente dura. Cristal, plástico o algo similar. Nuestros amigos pegaron sus caras al vidrio y lanzaron una mirada de intensa curiosidad hacia el fondo. Bajo de ellos, a trescientos metros de profundidad, discurría una de las calles por las que se movían algunos hombres.

—¡Qué tipos más extraños! —murmuró Harry Tierney como temeroso de que los distantes hombres pudieran escucharle.

También Miguel Angel encontraba algo extraño en aquellos seres que se movían en el fondo del abismo y no podía precisar el por qué de aquella sensación. Desenfundó los prismáticos que habla llevado en previsión y los enfocó sobre la calle. Lanzó una exclamación de asombro, resistiéndose a creer en lo que veía.

—¡Robots! —murmuró—. ¡Hombres mecánicos!

Harry Tierney le arrebató los prismáticos de las manos y los asestó hacia abajo. Cuando hubo mirado se volvió hacia Miguel Angel con una luz de estupor en las pupilas. Lo que uno y otro acababan de ver eran, efectivamente, hombres mecánicos. Era por esto por lo que habían encontrado algo extraño e indefinible en aquellas criaturas. Indefinible porque en sus movimientos y actitudes eran la «cosa» que más se parecía a un hombre humano, y porque a pesar de la agilidad y gracia de movimientos de aquellas horribles criaturas, tenían un algo sutil que les diferenciaba de los seres que copiaban.

—¿Será posible? —exclamó Harry mientras Richard Balmer y Bill Ley miraban por turno con los prismáticos—. ¿Qué significa esto?

—Significa, creo yo, que estamos en una ciudad donde buena parte de sus pobladores son máquinas creadas por el resto, que naturalmente será humano.

—No veo ningún hombre de carne—exclamó Harry.

—¡No! ¡No se ve a ningún hombre de carne —apoyó Bill Ley con los ojos salidos de las órbitas.

La luz azulada de los potentes focos bañaba las caras de los terrestres con un fulgor lívido. Se miraron unos a otros con asombro.

—Bien —dijo Harry—. No podemos quedarnos aquí como tontos. Busquemos un medio de entrar ahí y veremos de cerca a esos bichos.

Se pusieron en pie y anduvieron por la pista buscando una entrada. Súbitamente se oyó el suave rumor de unos neumáticos deslizándose por el camino, y antes de que pudieran retroceder ni pensar en nada apareció ante ellos un aerodinámico vehículo de dos ruedas y alargada cabina que se detuvo con un chirrido de goma sobre la pista. Apenas acababa de detenerse el extraordinario coche cuando ya había saltado de él una extraña criatura de forma humana, pero que no era humana.

Medirla dos metros largos de estatura, quizás dos metros y medio. La envergadura de hombro a hombro era considerable, y tronco, brazos y piernas estaban prodigiosamente proporcionados a su estatura y corpulencia. La luz de los focos les permitió ver con todo detalle al monstruo, y lo que vieron nuestros amigos les heló la sangre en las venas.

No era un hombre tal y como ellos lo conocían lo que se lanzó al ataque con arrojo y furia demoniaca, sino un robot, un enorme muñeco mecánico de fulgurantes ojos y horrible faz. No tenía nariz, pero si boca o un agujero que pudiera tomarse por tal. Iba desnudo, si

puede llamarse desnudo a un hombre mecánico construido de acero, y la luz azul de la ciudad resbaló sobre sus superficies redondeadas en chisporroteos fríos y terribles. Al moverse, el hombre mecánico no produjo ningún ruido, y sus movimientos eran tan certeros y ágiles que infundían pavor; el pavor que todo hombre siente ante lo sobrenatural y desconocido, pero el terror de los terrestres alcanzó su punto culminante al oírle gritar con voz metálica, profunda e inhumana:

— ¡Alto, bestias! ¡No huyáis!

Miguel Angel sintió erizársele el cabello de la nuca. Sin embargo, no había tiempo para pensar. El hombre mecánico sólo empleó cinco segundos en saltar del coche, gritar su perentoria orden de rendición y tender sus poderosas manos de acero, manos con cinco dedos, hacia los terrestres.

El primero en salir de su inmovilidad fue precisamente el que más miedo sentía, esto es, Bill Ley.

Bill Ley cayó de rodillas porque sus temblorosas rodillas se negaban a sostenerle, y desde aquella postura empezó a disparar su fusil ametrallador sin ton ni son, a una velocidad terrible y con una puntería deplorable. Miguel Angel se arrancó de su estupor para empuñar la «metralleta» y apretar el gatillo. Un chorro de balas y una lengua de fuego salió del cañón contra el pecho del robot, a dos metros de distancia, pero las balas se aplastaron contra el poderoso pecho de acero o resbalaron como sobre un casco militar con un ruido a brasa sumergida en el agua.

El robot continuó avanzando contra Miguel Angel, ahora con más firmeza y precaución y le tiró un manotazo que, sin duda, de coger la cabeza al español se la hubiera partido como un melón. Pero Angel agachó la cabeza ágilmente y retrocedió dando un gran salto hacia atrás.

Al tiempo que Angel se ponía fuera del alcance del monstruo, Harry Tierney disparó una corta ráfaga con su «metralleta». El joven millonario norteamericano demostró poseer un respetable porcentaje de sangre fría en sus venas. Disparó contra la cara del robot a una distancia de sólo tres metros, y esta vez las balas terrestres parecieron averiar al muñeco mecánico. Sus ojos se apagaron y movió los brazos a uno y otro lado, continuando su avance y lanzando unos espeluznantes aullidos de sirena.

—¡Atrás! ¡Atrás!—gritó Angel.

—¡Está ciego! —gritó Harry—. ¡Le dejé ciego!

Con un rugido, sólo comparable al de una sirena de paquebote, el robot se lanzó hacia adelante agitando sus terribles brazos como aspas de molino. Richard Balmer, cuya temeridad era por todos hartamente conocida, se abalanzó contra el hombre mecánico con la cabeza gacha y el hombro avanzado. La colisión entre el robot y el terrestre fue algo digno de verse. El monstruo vaciló en milagroso equilibrio sobre sus piernas de acero.

— ¡Cae, maldito!—gritó Richard propinándole otro empujón.

El robot cayó pesadamente de espaldas, con gran estrépito de hierros y un silbido ensordecedor.

—¡Huyamos! —gritó Angel preparándose para remontar el vuelo.

Richard Balmer saltó hacia atrás, esquivando una furiosa patada del monstruo, y se reunió con sus compañeros. Angel tuvo que sacudir con violencia a Bill Ley antes de que el muchacho saliera de su terror histérico y se dispusiera a cumplir sus órdenes. De la ciudad llegó el atronador mugido de una sirena. Era la señal de alarma. Angel movió la palanquita de su «bak» y salió disparado velozmente hacia el cielo. Los demás volaban ya a toda prisa hacia el «Lanza».

CAPITUL0 III

UN MUNDO EXTRAÑO

En el «Lanza» se esperaba a los expedicionarios con impaciencia. Para que les sirviera de guía en mitad de la noche habían dejado un proyector encendido. La llegada de los que fueron a explorar la ciudad misteriosa no pudo ser más precipitada ni desordenada. Miguel Angel, apenas puso pie sobre la plataforma de despegue del helicóptero, reclamó a gritos que se apagara aquel proyector. Por lo demás, bastaba mirarles a la cara para comprender que algo extraordinario les había ocurrido durante su visita a la ciudad.

Miguel Angel, Harry Tierney y Bill Ley, todos a un tiempo y atropelladamente, empezaron a relatar su extraordinaria aventura, pero como no había medio de entenderlos a todos de una vez, el español tapó la boca de Bill con una mano y rogó al millonario:

—Cuéntelo usted solo, míster Tierney.

Harry Tierney hizo un breve pero completo relato descubriendo la ciudad-concha, al monstruo que les atacó y la forma en que lo hizo.

Las palabras de Harry Tierney, apoyadas por firmes asentimientos de cabeza de Angel y de Richard y por la palidez cadavérica de Bill, arrancó exclamaciones de asombro a Bárbara y a Else, hizo arrugar el ceño a Edgar Ley, a Thomas Dyer y a George Paiton y sumió a los dos sabios en profunda meditación.

—¿De modo —preguntó míster Louis Frederich Stefansson—, que escaparon sin destruir totalmente al robot?

—Pensé que lo mejor era salir huyendo cuanto antes —dijo Angel —. Además, ¿qué utilidad nos hubiera reportado destruirle? Supongo que aquel muñeco iba dirigido por radio y televisión desde la ciudad y que los hombres que le dirigían ya nos habían visto en sus pantallas por medio de los ojos del robot.

Míster Louis Frederich Stefansson no contestó, pero se acarició la barbilla pensativamente.

—De lo que no cabe duda —apuntó von Eicken—, es de que los hombres azules ya tienen noticias de nuestra existencia y empezarán a buscarnos inmediatamente. Me gustarla saber si van a venir ellos personalmente o nos mandarán como exploradores a sus hombres mecánicos.

—Tanto da —murmuró Miguel Angel—. Sean hombres de carne y hueso o de acero tendremos que apresurarnos a evacuar el «Lanza» y a

escondernos en alguna parte, aunque ignoro en cual.

—Tal vez no debieran haber respondido con la violencia a la invitación del robot a rendirse—murmuró von Eicken.

—¡Eso es muy fácil de decir! —exclamó Bill Ley—. ¡Si le hubiera visto usted como lo vi yo, enorme y amenazador, precipitándose contra nosotros, lo último que se le hubiera ocurrido hubiera sido estarse con las manos quietas!

—Sí, es posible —murmuró el alemán. Y dejando escapar un suspiro miró a su alrededor preguntando—: ¿Y bien, qué creen que podemos hacer ahora?

—Sólo podemos hacer una de estas dos cosas —dijo Miguel Angel —. O esperar aquí a que vengan por nosotros o buscamos donde escondernos.

—¿Abandonando el «Lanza»?—preguntó Harry Tierney con disgusto.

—¿Para qué puede servirnos ya el «Lanza»?

—Tenemos aquí ropas, víveres, armas, un automóvil y un avión. Aunque el «Lanza» jamás pueda servirnos para regresar a la Tierra, en el tenemos todo lo necesario para rehacer nuestra existencia... Si acaso hemos de permanecer en este mundo toda la vida. ¿De qué va a servirnos huir? Los hombres azules nos encontraran sin gran esfuerzo más pronto o más tarde.

—Si en Venus se portaron bien con nosotros los hombres azules, ¿qué razón hay para que nos maten ahora? —preguntó von Eicken—. Yo soy del parecer que esperemos aquí a que vengan los hombres azules. Es más, propongo que les llamemos ahora mismo por radio dándoles cuenta de nuestra presencia y diciéndoles que somos amigos. Ellos no pueden estar demasiado ofendidos porque les hayamos destrozado uno de sus hombres mecánicos, que es al fin y al cabo una máquina más.

Siguieron unos minutos de silencio, durante los cuales todos meditaron profundamente sobre la alternativa de esperar a los habitantes de la ciudad-concha o de escapar antes de que llegaran.

—¿Saben lo que pienso yo? —dijo Miguel Angel rompiendo la meditación general—. Pues que yo no espero a que vengan a buscarnos. No podría decir de qué se trata, pero he visto algo en esa ciudad y en aquel muñeco mecánico que no me gusta nada.

—Ni a mi —añadió Richard Balmer—. ¡Mil diablos! No me importa habérmelas con hombres como yo. Pero no me gusta nada el

aspecto de esos hombres de acero que andan y hablan como las personas.

Bill Ley demostró con su mirada espantada que era del mismo parecer. Pero Bill, lo mismo que su padre y Thomas Dyer, estaban vinculados al profesor Erich von Eicken por largos años de amistad, y a Harry Tierney por toda una vida de servicios. Ni Bill ni ninguno de los demás hombres, fieles hasta morir a Harry Tierney, pronunciaron palabra. Aguardaban la decisión del joven millonario y propietario del «Lanza P-50». A su vez, Miguel Angel Aznar, el profesor Stefansson, Bárbara Watt, Richard Balmer y George Paiton estaban estrechamente unidos por una amistad más corta, pero más sólida. Juntos habían corrido multitud de peligros jugándose la vida y salvándola. Los once miembros de la expedición terrestre estaban divididos en dos bandos casi iguales, que sólo se pusieron en manifiesto al tener que tomar una seria decisión.

—Si Angel se va yo me voy con él—dijo Richard ceñudo.

—Yo también—añadió George Paiton.

Ni que decir que Bárbara seguiría a su marido adonde éste fuera. Ella se colgó del brazo de su querido esposo y miró, como estaban mirando todos, al profesor Louis Frederich Stefansson.

—¿Y usted, míster Stefansson?—preguntó Harry con mal disimulada irritación en la voz— ¿También quiere huir?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que dudo de las buenas intenciones de los indígenas de este planeta respecto a nosotros. Me parece más prudente observarlos antes y parlamentar con ellos a distancia que ofrecerles mi mano sin más ni más. Y respecto a esos nombres mecánicos he de añadir que aún sin verlos me hacen recelar.

—Bien, no se hable más —cortó Harry desabridamente—. Ustedes se van y nosotros nos quedamos. Cuando estemos bien instalados en la ciudad-concha ya les llamaremos para que vengan a reunirse con nosotros... a menos que prefieran vivir como trogloditas en una cueva.

—Creo que no ha comprendido usted bien nuestro punto de vista, míster Tierney—protesto el profesor.

—Lo he comprendido. Ustedes tienen miedo.

—Sí—confesó el profesor Stefansson seráficamente.

—Bien. Pueden tomar la ropa y comida que necesiten. Incluso

pueden llevarse el helicóptero si lo prefieren. Espero que nuestra separación sea corta.

—Dios quiera que sea como usted dice, míster Tierney.

Los que hablan optado por marcharse empezaron a prepararse a toda prisa. Llenaron la carlinga del helicóptero con varios paquetes de provisiones, no dejando sitio más que para el piloto. Luego, cada uno de los que emprenderían el viaje con sus «baks» hicieron otro paquete con cuarenta libras de diversos útiles. Decidieron llevarse también algunas armas y explosivos, y a última hora, Miguel Angel saco del helicóptero dos cajas con latas de conservas y puso en su lugar cinco cajas de TNT, Harry Tierney se burló de Miguel Angel.

—¿Se propone hacer barrenos, míster Aznar?

—¡Quién sabe! —exclamó el español. Y añadió—: ¿Permite que nos llevemos también los rifles antitanques que usted tuvo la previsión de incluir en el equipo?

—Desde luego, puede llevárselos.

—Les dejaremos a ustedes la mitad por si llenen que defenderse contra los hombres mecánicos.

Tres rifles antitanques pasaron a las espaldas de Richard y de Angel, dejando el otro en el avión. Luego, con gran asombro por parte de Harry Tierney, el español desdeñó los fusiles ametralladores y eligió entre el bien surtido arsenal del «Lanza» tres fusiles «Garand», dejando los paquetes de provisiones que ya estaban preparando y tomando en su lugar varias cajas de granadas antitanques, que se podían disparar con un fusil corriente. Todavía añadió una caja de bombas de mano a la ya considerable carga del helicóptero, y después de todo esto se declaró preparado para partir.

—Bárbara —dijo a su bellísima esposa—, tú ocuparas el puesto de piloto en el avión. Llevarás las luces de situación encendidas, estarás en continua comunicación por radio con nosotros y así podremos seguirte.

A última hora Else von Eicken habló apartada con Bárbara.

—Yo sé que Harry ya está arrepentido y que quisiera marcharse con ustedes, pero su temperamento orgulloso le impide volverse atrás. Presiento que la obcecación de Harry va a reportarnos muchos disgustos, pero no podemos abandonarle, ¿comprende?

—Usted le ama, ¿verdad?

—Sí—confesó la muchacha ruborizándose.

—Lo sabia —dijo Bárbara—. Veré si podemos convencerle todavía.

Habló en secreto con Angel. El español fue hacia Harry y le dijo:

—¿De veras que no quieren acompañarnos, míster Tierney?

—No. ¿Para qué? Ustedes volverán dentro de unas horas.

Convencido de la imposibilidad de abatir la obcecación del norteamericano, Angel se ajustó el fusil a la espalda, suspendió sobre el «bak» su caja de municiones y dio la voz de partida. Al estrechar la mano de Angel, los ojos de Bill Ley estaban llenos de lágrimas y su voz temblaba de rencor.

—¡Este cabezota de Harry Tierney! —murmuró— Con gusto me marcharía con ustedes, pero mi padre no me lo permite.

—Tal vez los indígenas les traten bien —dijo el español—. En realidad, si nosotros nos vamos, es porque consideramos prematuro confiar en ellos. Pero es muy probable que estemos equivocados.

Un momento después el helicóptero, con Bárbara ante los mandos, se elevaba zumbando en el aire. Cuando sus luces de situación fueron como dos luciérnagas roja y verde en la noche, Miguel Angel saludó con un movimiento de su escafandra transparente a los que quedaban en el «Lanza» y se elevó en el espacio seguido por Richard, George y el profesor Stefansson.

Volaron en seguimiento de las luces del helicóptero en dirección a las montañas que aquella misma mañana les sirvieran de observatorio para descubrir la maravillosa ciudad-concha, las dejaron atrás cruzando todo el extenso valle y el amanecer les sorprendió volando sobre un macizo de fragorosas montañas y profundos cañones, cuyo fondo se mostraba cubierto de alguna vegetación y oscuro musgo.

Tomaron tierra en uno de aquellos cañones en zigzag cuando el sol ya estaba muy alto sobre el horizonte. Hacia frío. El Sol era ya tan pequeño que apenas si calentaba nada con sus débiles rayos.

—Pronto dejaremos de verlo como sol y quedará convertido en una estrella, hasta que lo perdamos definitivamente de vista—dijo el profesor Stefansson.

—¿Y entonces viviremos en una noche eterna? —preguntó George.

—No lo creo. Para entonces ya estaremos en la Vía Láctea rodeados de otros soles mucho mayores que el de nuestro sistema.

—¿A qué distancia nos encontraremos de la Tierra en estos

momentos?

—Lo ignoro. Desde luego, a una distancia tremenda.

La tristeza sumía a todos los terrestres en un abismo de desesperanza. Pensar que cada hora que transcurría según sus relojes les llevaba más lejos de la Tierra, a razón de unos 100.000 kilómetros por segundo, era realmente una sensación aniquiladora. Luego también contribuía a hacerles sentir desdichados la separación de sus amigos. Bárbara se mostraba especialmente pesarosa de haberlos dejado en el «Lanza».

—Debimos quedarnos con ellos —dijo a su marido—. Lo que sea de unos debe de ser también la suerte de los otros. ¿Por qué no comunicamos por radio con ellos?

—Porque seria muy arriesgado hacerlo. Los hombres mecánicos podrían interceptar nuestra llamada y localizarnos.

—¿Importaría mucho? De todos modos, ¿qué vamos a hacer aquí?

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—No lo sé —repuso Angel irritado—. Supongo que esperar a los acontecimientos. No hay ninguna prisa para nada. ¿No estamos condenados a vivir en este mundo eternamente? Pues entonces podemos muy bien perder diez días, diez meses o diez años esperando a ver en qué acaba todo esto.

—¡Valiente modo de solucionar nuestra situación! —comentó la joven sarcásticamente.

Miguel Angel no respondió. Sabía que su esposa, al igual que todos, estaba desesperada y buscaba ansiosamente una esperanza donde asirse, y cuando más pronto mejor. El profesor Stefansson se mostraba preocupado y silencioso, distraído y como ausente de cuanto ocurría a su alrededor. No constituía la mejor ayuda para los náufragos del espacio y Angel decidió tomar la iniciativa como otras muchas veces ya hiciera.

Acompañado de George Paiton buscó y halló una húmeda cueva bastante capaz para albergarles a todos, incluso el helicóptero. Transportaron allí todo el equipo y el avión, después de recoger las palas de su rotor plegable, y se dispusieron a prepararse para una larga estancia.

Cuando acababan de transportar el último bulto anocheció y puede asegurarse que aquella fue la noche más triste que todos habían vivido. Lejos de su mundo, en un mundo extraño e inhóspito,

amenazados por un enemigo desconocido y ante un porvenir incierto y trágico, todos sentían por igual las desagradables sensaciones de soledad, añoranza, tristeza y desesperación. Ni siquiera tocaron las provisiones, ni mucho menos pudieron pegar un ojo.

El amanecer fue oscuro y frío. El Sol asomó por sobre las montañas muy tarde con el tamaño de una bola de billar amarillenta, que apenas bastaba para bañar las peñas con una luz débil y enfermiza y, desde Juego, no proporcionaba ningún calor. Tuvieron que vestir los gruesos trajes de vuelo que habían utilizado durante su viaje de la Tierra a Venus, y se sentaron en la cueva a presenciar ante si todo el angustioso porvenir que presentían.

Aunque nadie hizo mención a ellos, todos tenían la imaginación en aquellos compañeros que habían dejado en el «Lanza». Miguel Angel empezó también a sentir remordimientos y a hacerse reproches. Realmente, su situación no había mejorado mucho.

Por fin, en franca hostilidad con sus pensamientos, se puso en pie y anunció con voz irritada:

—Voy a volver donde está el «Lanza» y ver qué ha ocurrido.

Todos se pusieron en pie, dispuestos a seguirle.

—No. Sólo me acompañará uno de ustedes.

Richard y George se disputaron el puesto. Lo decidieron a cara o cruz echando una moneda al aire. La suerte eligió a George. Angel y George se despojaron de sus gruesos abrigos, vistieron el traje metálico y se adosaron los «baks». Comprobaron que el traje era tan impermeable al frío como al calor.

—Nos llevaremos los fusiles y media docena de granadas antitanque —dijo el español—. Nadie sabe lo que puede pasar.

Apresuradamente, para que la escasa luz del día no se agotara mientras buscaban al «Lanza», tomaron sus armas y se lanzaron al espacio volando hacia el mar a toda la velocidad que sus maravillosos aparatitos eran capaces de desarrollar.

Libres de peso alcanzaron las montañas contiguas al mar en media hora. Sobre el mismo risco gris que el día anterior les sirviera a Harry y Angel para otear, se posaron George y Angel. Casi a sus mismos pies, aunque en realidad a bastante distancia, podían ver el mar. A simple vista no encontraron rastro del «Lanza». Tampoco con ayuda de los prismáticos pudieron encontrarlo. Un profundo terror les atenazó la garganta.

—No se ve el «Lanza» —murmuró Angel largando los prismáticos

a George—. Y el «Lanza» no estaba en condiciones de salir de entre las rompientes por sus propios medios.

—Tal vez lo hayan liberado los hombres azules —apuntó George, aunque el mismo no confiaba en ello.

Prosiguieron el vuelo hacia el mar. A una distancia de cien metros, con las últimas luces de aquel día corto y moribundo, Angel vio unos objetos notando sobre el mar. Eran restos de cajones y maderos que iban y venían a impulsos del caprichoso juego de las olas que espumajeaban contra los afilados rompientes.

Con el corazón encogido de angustia y un atroz presentimiento clavado en mitad de la frente, los dos jóvenes terrestres se dirigieron hacia donde pocas horas antes estuviera el «Lanza». A través de las aguas opalinas, a escasa profundidad y con algunos bordes retorcidos asomando sobre las olas, pudieron ver los restos del destrozado «Lanza».

—¡Lo sabía! —murmuró Angel—. ¡Tenia el presentimiento de que ocurriría esto!

Unos furiosos ladridos reclamaron su atención hacia la playa. Rápidos como una flecha se dirigieron hacia allí y tomaron tierra sobre la arena. «Chita», la fiel perra que habían llevado en su viaje a través de los espacios, se abalanzó sobre ellos dando locos saltos de alegría y gemidos de tan profundo amor que rompían el alma.

—Busquemos por el bosque —propuso George—. Tal vez hayan mis supervivientes.

Registraron el añoso bosque hasta que la llegada de las tinieblas les hizo desistir. «Chita» estaba todavía mojada y todo Indicaba que había ganado la playa a nado. Ella era al parecer el único superviviente de la catástrofe. Cómo se salvó de la tremenda explosión que debió destruir al «Lanza» era cosa que los dos jóvenes ignoraban e ignorarían siempre. Fuera como fuere «Chita» se salvó, pero de los demás no quedaba ni rastro.

Emprendieron el regreso hacia el escondite. Angel apretaba contra su pecho el húmedo y tembloroso cuerpo de «Chita».

CAPITULO IV

CEREBROS ELECTRONICOS

MIENTRAS volaban guiándose por ese instinto de orientación común en la mayoría de los pilotos expertos, las nubes que oscurecían el cielo se descorrieron y la noche se llenó de una luz fría y blanca, como la noche terrestre de luna llena. Aquel fulgor extraordinario procedía de las estrellas, algunas de las cuales eran del tamaño de naranjas y otras de un diámetro equivalente a la mitad de la Luna, satélite de la Tierra.

La teoría del profesor Stefansson parecía confirmarse. El planeta en que ahora habitaban los terrestres se acercaba a pasos de gigante a la Vía Láctea y muy pronto les iluminarían nuevos soles.

Pese a contar con tan espléndida iluminación, tardaron más de una hora en localizar el cañón que les servía de refugio. Bajo la luz espectral de las enormes estrellas todos los cañones parecían iguales.

Apenas pusieron pie en tierra ante la boca de la cueva les salieron al encuentro Bárbara y Richard Balmer. Angel soltó a la perra, que corrió a acariciar a la joven y al radiotelegrafista con grandes demostraciones de afectuosidad. La vista de «Chita» hizo que Bárbara concibiera falsas esperanzas.

—Todavía están allí, ¿verdad?

—No, Bárbara —dijo Angel—. El «Lanza» ha sido destruido por completo y el único ser vivo que encontramos fue «Chita».

—¡Están muertos!

—No, Bárbara. Al menos no encontramos ningún cadáver.

—¡Oh, Dios mío!—sollozó la joven cubriéndose el bellísimo rostro con las manos—. ¡Qué horrible es todo esto! ¡Los hombres mecánicos les habrán matado...!

—¿Por qué habían de matarlos?

— ¡Los hombres mecánicos aborrecen a todo cuanto representa vida animal! ¡Hasta los insectos de este espantoso mundo han aniquilado, simplemente porque odian a todo lo que vive y respira y fue creado por Dios!

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? —rugió Angel asiendo a su mujer con fuerza por un brazo y sacudiéndola—. ¡Bárbara, no sabes lo que dices!

—¡Sí... sí lo sé! Durante vuestra ausencia encontramos a un

hombre... ¡Un hombre de carne y hueso... quizás el único que queda en este mundo! ¡Venid... entrad y lo veréis! —prosiguió diciendo la joven excitada y temblorosa.

La siguieron Angel y George y entraron en la cueva. Habían encendido una fogata y el fulgor rojizo de las alegres llamas infundía vida y calor en la húmeda y oscura gruta. Junto a la hoguera, acurrucado como un mono, con las huesudas rodillas pegadas a la barbilla y mirándoles con ojos de espanto a través de los sucios y desgreñados cabellos que caían sobre los hombres a modo de espesa cortina, había un hombre. Vestía de pieles, y su aspecto era tan salvaje y primitivo que Infundía pavor. El profesor Stefansson atizaba la hoguera añadiendo nuevos leños y se puso en pie al ver entrar a los expedicionarios.

—¿Quién es ese? —preguntó Angel señalando al hombre de las pieles. Y advirtiendo el color de la piel de las descarnadas rodillas exclamó—: ¡Un hombre azul!

—Sí, es un *saissai*, aunque bastante mas salvaje e inculto que los que dejamos en Venus —confirmó el profesor—. Lo encontró Richard cuando salló ayer tarde a recoger una brazada de leña. Pero dígame, ¿encontraron al profesor von Eicken y a los demás?

Angel relató al profesor lo que habían visto. Mientras hablaba no apartaba los ojos del hombre de las pieles, que seguía acurrucado e inmóvil, mirándole con sus ojillos oblicuos llenos de terror. Apenas hubo acabado de relatar lo visto en su excursión y sin respetar el meditabundo silencio del profesor preguntó:

—¿Cómo apresaron a ese hombre?

—Yo lo vi cuando estaba recogiendo leña —dijo Richard—. Me llevé conmigo uno de los «Garand» por si encontraba alguna caza. Y, en efecto, junto a un riachuelo, en uno de estos cañones contiguos, vi correr entre los matorrales algo parecido a una cabra salvaje. Le perseguí desde lejos. La cabra no parecía tener miedo de mí, evidenciando su desconocimiento del hombre. Me preparé a disparar contra el animal desde veinte metros de distancia cuando ocurrió algo extraordinario. La cabra dio un salto y cayó muerta por una flecha que acababa de salir de entre unos riscos. Todavía estaba contemplando admirado a la cabra muerta cuando salió este hombre de entre las peñas y se arrojó sobre el animal. Entonces le grité. Este individuo volvió la cabeza, me vio y se dio a la fuga corriendo tan ágilmente como un galgo. Dispare un tiro al aire y me lancé en su persecución. Le alcancé poco después porque el cañón no tenía salida y se había metido en una ratonera. Al acercarme me enseñó los dientes como un

lobo, Vi que pertenecía a la raza azul y le dije en su idioma: «No voy a hacerte daño, pero si intentas huir te lastimaré.» Y le mostré mi fusil. Entonces se rindió incondicionalmente y se dejó atar las manos. Le traje aquí amarrado como una fiera.

—¡Caramba! —exclamó Angel contemplando al hombre azul—. ¿Y ha hablado?

—Apenas si sabe hablar. Debe de haber estado tanto tiempo sin cambiar una palabra con ningún ser humano que balbucea y se contradice como un tartamudo. Ahora ya esta más calmado y habla mejor.

—¿Pero qué ha dicho?

—Nos ha contado una fábula estupenda. ¡Parece mentira que un tipo con ese aspecto posea tanta fantasía!

—No es fantasía —dijo míster Stefansson—. Todo cuanto nos ha dicho este hombre es verdad.

—¿Pero puede saberse o no? —bramó Angel iracundo—. ¿Qué cuenta en resumen, vamos a ver?

—Este hombre, como fácilmente se puede apreciar por sus rasgos, pertenece a la misma rama que los *saissais* u hombres azules que actualmente pueblan Venus y que, según ellos, proceden de la Luna.

—¿Lo ha dicho así este hombre?

—No. No lo ha dicho, porque ignora el origen de sus antepasados. Los abuelos de este hombre debieron llegar a este planeta después de la catástrofe que dejó inhabitable a la Luna y aquí se dispusieron a perpetuar su raza levantando ciudades, creando industrias y, en fin, colonizando el planeta. Nada de esto lo se por este hombre. Lo deduzco, simplemente.

—Bien. Vayamos al grano. ¿Qué sabe este individuo acerca de sus hermanos de raza que manejan a los hombres mecánicos?

—Nadie maneja a los hombres mecánicos—aseguró el profesor.

—¿Pero qué tonterías está diciendo, profesor?

—Espere a saberlo todo y se convencerá. Este hombre no sabe la edad que tiene. Recuerda una sucesión inmensamente larga de días y de noches y recuerda también su niñez y primera juventud. Su pueblo habitaba estos cañones viviendo en cuevas a estilo troglodita. Los ancianos de su pueblo de piedra contaban a sus nietos que un día los hombres azules de sangre roja y caliente eran los dueños de todo este mundo, dominando sin discusión sobre los hombres máquinas. Ellos,

para sobrevivir en este mundo inhóspito y mísero crearon a los hombres mecánicos y todas las demás máquinas conocidas. Los hombres mecánicos trabajaban para los hombres de carne, que eran inmensamente sabios, y gracias a la ayuda aportada por estos hombres autómatas, los *saissais* pudieron liberarse del castigo del Creador «ganarás el pan con el sudor de tu frente».

—¿Conocían los hombres azules este castigo de Dios?

—¿Qué duda cabe? miles de años llevaban trabajando para poder comer, pero con la creación de los hombres mecánicos los hombres de carne pudieron vivir sin cuidados ni trabajos materiales. Los robots hacían todos los trabajos, las máquinas fabricaban los alimentos, los vestidos, las armas, el calor, la luz… ¡Todo, en fin!

—¡Qué buena vida se darían estos gandules sin dar un golpe: —exclamó Richard Balmer mirando con envidia al salvaje que apresara.

—La vida así debía de deslizarse feliz y apacible para los hombres de piel azul —prosiguió diciendo el profesor—. Encerrados en sus ciudades-conchas, libres de huracanes y tormentas, del frió o del calor, se reproducirían y acrecentarían su poder, dedicados exclusivamente a las distracciones, a las bellas artes y a proyectar nuevos inventos. Naturalmente, cuanto más avanzaban más perfectos eran los hombres mecánicos que creaban, descargando sobre estos todo el peso de las tareas físicas y mentales que son el suplicio de la humanidad. Un día… ocurrió lo inevitable. Los cerebros electrónicos creados por el hombre, cerebros capaces de calcular a velocidades espantosas, a resolver problemas insolubles para toda una generación de sabios y trabajar intensivamente sin sentir cansancio alguno, llegaron a su suprema perfección superando a la capacidad intelectual de los humanos. El día en que los sabios humanos construyeron la última serie de los más perfectos de sus hombres-máquinas… los hombres-máquinas, pensando y obrando por cuenta propia, se sublevaron contra sus tiranos, arrollaron a los descuidados y felices hombres azules y les aniquilaron sin piedad.

—¡Increíble! —gritó Angel horrorizado—. ¡No lo puedo creer! ¡No es posible que unas máquinas creadas por el hombre superaran al hombre y lo borraran de la faz de este planeta!

—Esta es la historia que nos ha relatado ese hombre —dijo el profesor señalando a la figura desaliñada y feroz del hombre azul—. Parece que un pequeño grupo de *saissais* pudieron escapar de una forma u otra a la horrible matanza. Perseguidos por los feroces e impiadados robots se refugiaron en las montañas, donde privados incluso de lo mis elemental se dieron a vivir como los hombres

primitivos.

—¿Y dónde están ahora esos supervivientes?

—No espere encontrar a ninguno. Los hombres mecánicos jamás dejaron de perseguirles y acosarles como bestias... las bestias nos llaman a nosotros. Hoy un poblado, mañana otro, los hombres azules fueron siendo eliminados. La aldea troglodita donde este hombre vivió durante su juventud fue precisamente arrasada en una de estas expediciones de aniquilamiento de los robots. Este hombre fue el único superviviente de aquel pequeño pueblo troglodita. Si queda alguien más, sea de este pueblo o de algún otro, debe de vivir en lo más fragoroso de las montañas, vuelto a su estado primitivo, cazando con flechas, lazos o piedras, vistiendo de pieles y alimentándose de la poca carne que hay en este mundo, o de peces o raíces. Esto es lo que ese hombre me ha contado buscando las palabras una a una y creo que dice la verdad. Nadie rige ni gobierna a los hombres mecánicos. Al menos, nadie humano como nosotros. Ellos tienen su propia vida, libertad de movimientos y de ideas... ¡Sabe Dios qué diabólicos pensamientos animaran esos cerebros electrónicos creados por el hombre para su desgracia!

Míster Louis Frederich Stefansson dejó de hablar abatiendo su aguda barbilla sobre el pecho. Miguel Angel Aznar, con los cabellos erizados de horror, miraba fijamente al hombre de las pieles resistiéndose a creer tamaño horror. Los retorcidos leños que alimentaban la hoguera crepitaban y difundían un resplandor rojizo por toda la húmeda cueva, chisporroteando sobre los niquelados y la cabina acristalada del helicóptero terrestre, llegado a este mundo irreal y alucinante por sólo Dios sabia qué desconocidos designios.

—Míster Stefansson —dijo el español finalmente—. No puedo creer una palabra de cuanto acaba de decir. Y me asombra que usted, un hombre de ciencia, sea capaz de dar crédito a un disparate como este que acaba de contarle ese hombre. ¿Concibe usted que un cerebro electrónico pueda superar al humano?

—Difícilmente se puede imaginar que sea así, ¿verdad?

— ¡Imposible!

Míster Louis Frederick Stefansson sonrió.

—Usted seguramente no se acuerda de que en nuestra Tierra, con una civilización muy atrasada con relación a la de los hombres azules, ya poseemos máquinas «pensantes»—dijo.

—Sé de la existencia de extraordinarias maquinas calculadoras, pero no veo qué relación pueda haber entre unas simples máquinas de

calcular y estos cerebros electrónicos superiores a los humanos.

—Mucha mayor de la que usted cree, míster Aznar. Nuestras máquinas pensantes de la Tierra han resuelto ya problemas fantásticos. Por ejemplo la celebre «Bessie», máquina pensante de Cambridge, en Massachusetts, que ha resuelto ya los más fantásticos problemas matemáticos y técnicos. «Bessie» calculó las tarcas preliminares alemanas en el cañón eléctrico de tiro rápido, cuya imposibilidad averiguó «Bessie» en cortísimo tiempo para el Gobierno norteamericano, mientras los técnicos de Alemania seguían trabajando en el proyecto, llenos de esperanza y sin sospechar que jamás podría realizarse.

—Una máquina calculadora no es precisamente un cerebro— objetó Miguel Angel.

—La construcción de hombres artificiales o robots no ofrece ya ninguna dificultad en la Tierra. Podría dotárseles fácilmente de cabeza y de miembros móviles. El único problema acaso fuera la fabricación de ojos realmente utilizables, pero ya hay máquinas pensantes que saben leer hasta cierto punto. También en lo referente a la sensibilidad luminosa de los ojos artificiales se estaban efectuando experiencias. Por ejemplo; se han fabricado polillas mecánicas que son tan magníficamente atraídas por la luz como las auténticas. Por lo demás, casi todos estos aparatos tienen memoria, tan marcada en algunos, que les permite ciertos conocimientos de idiomas extranjeros.

Miguel Angel Aznar miró al profesor con desesperación.

—Míster Stefansson —murmuró—. ¿No comprende que estoy haciendo todo lo posible para no creer en tamaño horror? ¿Sabe usted lo que significaría la existencia real de hombres mecánicos en este mundo?

—Sí, míster Aznar, lo sé. Significa que nuestros amigos están muertos o prisioneros de esos horribles robots, y que, sea para libertarlos o para sobrevivir, tendremos que luchar contra un enemigo inmensamente poderoso, inflexible, con una mentalidad que nosotros desconocemos y difícilmente podremos combatir.

Angel permaneció unos minutos pensativo.

—¿No han tratado de captar alguna emisión por radio?— preguntó.

—No hemos hecho otra cosa desde que ustedes se fueron —dijo Richard Balmer—. Y hemos captado varios mensajes, aunque ninguno refiriéndose a nosotros o nuestros amigos. Seguramente lo hacen para que nosotros ignoremos su paradero.

—¿Cabe imaginar tanta astucia en unos cerebros electrónicos?

—Sólo Dios sabe cuáles serán los pensamientos de esos cerebros electrónicos—murmuró míster Stefansson.

—¡Cuanto más lo pienso más me horrorizo!—exclamó Miguel Angel.

—¿Qué costumbres tendrán esos monstruos? ¿Cuáles serán sus instintos, si acaso los tienen? ¿Cómo vivirán? ¿Es posible que unas máquinas creadas por el hombre piensen y vivan por cuenta propia?

—Respecto a lo de tener vida propia es un punto que me gustarla aclarar. No es posible, desde luego, que los robots vivan sin consumir energía. Espero que la energía que mueve a estos monstruos sea la electricidad. ¿Pero cómo la reciben?

—Por medio de pilas, claro está—apuntó George Paiton.

—No lo creo. Admitir que los hombres mecánicos se alimentan por pilas y que reponen éstas una vez consumidas, seria tanto como afirmar que tienen un amplio concepto de su existencia, lo que es imposible careciendo de alma. Yo creo que los robots se mueven y obran siguiendo simplemente una especie de instinto rudimentario, y que en su reino debe de imperar la más estricta disciplina. Cada cual efectuará aquellos trabajos que le enseñaron a ejecutar. ¿Para qué? Ellos no lo saben, ni se lo preguntan. El instinto de matar es quizás el único que ha florecido en sus mentes. Rebelarse contra los hombres que les dominaban implicaría ideales de libertad e independencia. Un hombre mecánico puede llegar a hablar y a comprender lo que se le dice, a resolver problemas insolubles para los hombres, saber escribir, levantarse si cae y sortear los obstáculos, pero no de razonar «por cuenta propia». Su curiosidad será puramente animal, pero no miraran hacia las estrellas preguntándose que significan ni calcularan la distancia que de ellas les separan a menos que alguien se lo ordene. Todo lo que al hombre impone les será indiferente a ellos…

—En fin —añadió George—, que no son otra cosa que máquinas.

—Desde luego, máquinas de pies a cabeza. La fuerza que las mueve fue creada por el hombre. ¿Apuestan cualquier cosa a que si se descompone esa fuente de energía los robots no saben componerla?

—¿Por qué no?

—Por la misma razón que nosotros no sabemos ni podemos infundir vida a un cadáver. Yo sé mejor o peor cómo funcionan los órganos de usted, pero si usted muere no seré yo quien le devuelva la vida. Alguien infinitamente más sabio que yo le creó a usted, y solamente quien le creó sabría devolverle a usted la vida. Los hombres

mecánicos fueron creados por el hombre, pero ellos no deben saberse construir por si mismos. Por otro lado, la energía que les mueve fue creada por el hombre «antes» de crearles a ellos. Lo mas que puedo admitir es que un simple proceso de observación les haya demostrado que una vez paradas esas fuentes de energía ellos y todas las monstruosas máquinas que les complementan se paran, pero es imposible que sepan el por qué ni como volver a repararlas. Los robots carecen de genio creador, ¿comprende? Ni las máquinas más perfectas pueden Inventar nada ni comprender lo que ya está inventado. Lo aceptarán como hecho positivo, pero no penetrarán jamás las causas de sus efectos.

—¿Cuántos años calcula usted que pasaron desde que los robots mataron a todos los hombres?—preguntó Angel.

—Muchos. Tal vez unos seis siglos terrestres.

—¿Y en todo ese tiempo no se han agotado las fuentes de energía que mueven a esos monstruos?

—Un generador atómico podría estar incesantemente en marcha durante centenares de años.

—Pero al fin se parara.

—Desde luego. A menos que los hombres azules descubrieran el movimiento continuo, así ha de ser. Pero hay otras fuentes de energía más o menos eternas. Los saltos de agua, por ejemplo.

—¿Cree que los robots son alimentados por la electricidad generada por centrales hidroeléctricas?

—Es lo más seguro.

—¡Muy bien! —exclamó Miguel Angel gozoso—. ¿Pues destruyamos sus saltos de agua y sus centrales eléctricas y les habremos destruido a ellos!

—¡Hombre! —gritó Richard dando una brutal palmada en la espalda del español—. ¡Qué idea tan estupenda! ¡Si, volando todas sus fuentes de energía les habremos matado!

—Afortunadamente tenemos explosivos para hacerlo—sonrió el profesor. Y volviéndose hacia Miguel Angel le preguntó—: ¿Qué presentimiento le indujo a llevarse del «Lanza» todas estas cajas de trinitrotolueno?

—No lo sé. Sencillamente, nuestra breve experiencia contra los robots me demostró que un simple fusil era poco menos que ineficaz. Pensé que tal vez les hiciera más daño una granada antitanque, y por asociación de ideas pensé que nada hay más estrepitoso ni persuasivo

que el TNT. Pero dígame, profesor, ¿de veras cree usted que simplemente con volar las centrales hidroeléctricas habremos parado todas estas diabólicas máquinas?

—Tenga en cuenta, míster Aznar, que todo cuanto aquí acabamos de hablar se asienta sobre simples teorías. ¿Qué quiere que le diga? Puede que al detener las centrales dejemos a todos los hombres mecánicos inmovilizados y puede que no. Ni siquiera sabemos cómo reciben la energía, porque el hombre que usted vio no llevaba trole como los tranvías, ¿verdad?

—No—gruñó el español ceñudo.

—Esto me preocupa mucho—murmuró el sabio—. No conozco otro medio de separar una máquina de su cable conductor de corriente que poniéndole pilas. Y si estos robots se alimentaran con pilas toda mi teoría se vendría abajo. Habría que admitir entonces que tienen nociones de su existencia y que son, en todo, iguales o superiores al hombre humano, lo que no puedo concebir.

—No se fatigue la mollera ahora, profesor —aconsejó Richard—. Lo que sea lo averiguaremos, descuide usted. Puede que esos payasos coman carbón o gasolina, como nosotros pan y carne.

George Paiton se echo a rear.

—Sin embargo todo cabe en lo posible —murmuró míster Louis Frederick Stefansson profundamente meditabundo.

CAPITULO V

¡MAQUINAS... MAQUINAS...!

BIEN mirado, el proyecto de los terrestres era absurdamente ambicioso. Pretender desmontar todo el proceso industrial creado por una raza más numerosa y adelantada e inmovilizar a los hombres mecánicos, de número desconocido pero sin duda cuantioso, sólo cabía en imaginaciones exaltadas o dominadas por la desesperación. En el caso de los terrestres era la desesperación quien guiaba todos sus pasos e inspiraba sus ideas. Ni siquiera la certeza de que las centrales eléctricas debían ser muy numerosas en aquel extraño mundo, ni la propia conciencia de que eran muy pocos en número y muy pobres en medios, les arredraba.

—Destruir es fácil —decía Miguel Angel—. Nueva York costó miles de millones de dólares y el esfuerzo de muchas generaciones para que llegara a ser como es. Sin embargo, un solo hombre haciendo estallar una bomba atómica podría reducirla a escombros en un segundo.

—¡Lástima que nosotros no dispongamos de unas cuantas bombas atómicas! —se lamentó Richard Balmer—. Pero a falta de bomba voy a buscarme una buena estaca para abollar los riñones a la primera cafetera de esas que me encuentre.

Richard Balmer era así de vehemente. Y sin tener en cuenta que mal podría fastidiarle los riñones a quien no los tenia se buscó, en efecto, y halló por pura casualidad, una hermosa estaca que sólo un brazo tan vigoroso como el del norteamericano podría esgrimir.

—¿Pero de veras se propone utilizarla contra los robots?—le preguntó Bárbara.

—¡Naturalmente! Ahora se trata de espiar a esos trastos y de capturar a uno, si es posible, para que nuestro sabio le eche un vistazo a las tripas, ¿no es eso? Pues para hacerlo no hay nada como un arma silenciosa, y como los cuchillos se mellarían contra la piel metálica de esos bichos, lo mejor es una buena tranca.

El propósito de los terrestres era, efectivamente, apresar «vivo o muerto» a uno de los hombres mecánicos para que míster Stefansson lo examinara y sacara sus deducciones sobre la mejor forma de combatirlos. A este efecto se dispusieron a aprovechar la siguiente noche para acercarse a la ciudad-concha y explorar sus alrededores, en especial la base de aquellas elevadas torres metálicas que tanto llamaban la atención.

El mundo en que habían venido a caer, progresando con terrible velocidad hacía la Vía Láctea, se acercaba por momentos a otros soles y estrellas de extraordinario brillo, que hacían las noches claras y bellísimas.

Miguel Angel Aznar, George Paiton y Richard Balmer vistieron sus monos metálicos, se adosaron los «baks» de manufactura selenita y se prepararon a emprender la expedición. Cada uno se armó de un fusil «Garand» y llevó consigo una docena de granadas antitanques por si habían de dar batalla a sus metálicos enemigos. Además se proveyeron de una caja de TNT y de los detonadores de relojería, lamparillas eléctricas, prismáticos nocturnos y un rifle antitanque con sus municiones, todo lo cual unieron en un paquete de lona y suspendieron de un «bak» con el propósito de utilizarlo como «carretilla» aérea.

Despidieron se de Bárbara y del profesor y emprendieron el largo viaje arrastrando tras ellos, con una cuerda, la original y cómoda «carretilla». Una vez en el aire, el «bak» que sostenía el paquete con el equipo se dejó arrastrar con maravillosa facilidad.

No utilizaron la radio en ningún caso por temor a que los robots les descubrieran, y volando a razón de 100 kilómetros por hora flotaron bajo la negra bóveda del cielo poblada de astros azules y blancos.

Por una razón muy humana y, a medida que se acercaban al objetivo de su viaje, Miguel Angel sentía flaquear sus ánimos y reducirse sus esperanzas de lograr vencer a tan tremendo enemigo. ¿Qué iban a poder ellos contra aquella máquina gigantesca que, creada un día por el hombre, había acabado por rebelarse en una forma u otra contra el?

La Ciudad-concha emergió de la noche plateada con su esplendida iluminación, capaz de dar envidia a las mismas estrellas suspendidas sobre su transparente coraza. Dieron un gran rodeo para alcanzar las torres metálicas por la espalda. Al hacerlo vislumbraron el mar, que iba a lamer los mismos muros de la extraordinaria urbe. Al reflejarse en el mar, tranquilo y liso como una lámina de cristal, la ciudad-concha se invertía en las aguas convirtiéndose en una esfera completa acribillada de luces. La perspectiva no podía ser más fantástica ni más bella. La ciudad de los hombres mecánicos, al difundir un azuloso resplandor, iluminaba a la vez el cielo y el mar. Con gran asombro de parte de los terrestres apareció en el puerto una gigantesca nave, de proporciones no menores que las del más grande de los acorazados terrestres, pero sin torres ni arboladura.

Miguel Angel había visto antes de ahora una nave semejante. La vio en Venus [4] y sabia perfectamente que aquella colosal masa, en apariencia tan pesada, era capaz de elevarse en el espacio y viajar de estrella a estrella con la velocidad del relámpago.

La vista de aquella astronave verificó un cambio maravilloso en el ánimo del español. Aunque otras preocupaciones se disputaban ahora la supremacía imaginó la posibilidad de que un día pudieran apoderarse de aquella astronave y volar con ella a la Tierra.

¡La Tierra! Miguel Angel levantó los ojos al cielo, buscando entre las miríadas de estrellas grandes y chicas alguna que se pareciera a la Tierra. En realidad muchas se parecían, pero Miguel Angel sabia perfectamente que ninguno de aquellos mundos desconocidos que gravitaban a millones de años de luz era el suyo, el que le vio nacer, el que ahora añoraba en la lejanía inconmensurable habitando otro mundo.

Richard Balmer golpeó suavemente en el brazo de Miguel Angel y le señaló la astronave. El español asintió con un movimiento de cabeza y señaló a su vez la torre metálica. Esta estaba situada junto al mar emergiendo de un gran edificio que, por su forma redondeada, parecía una gran tortuga salida del mar y dejada caer a su misma orilla sin fuerzas para seguir dentro. Varios cuadritos de luz señalaban otras tantas ventanas y a medida que se acercaban nuestros amigos pudieron escuchar un poderoso zumbido, como de grandes dinamos en funcionamiento.

Los ojos vigilantes de Angel otearon en todas direcciones. El lugar estaba extrañamente solitario. A una seña descendieron sobre el mar hasta que sus pies rozaron el agua. Un minuto después pisaban los gigantescos sillares de un muelle cercano a la casa y tiraban del «bak» que tecla las veces de transporte, regulando su mecanismo para que se sostuviera a dos pies sobre el nivel de tierra.

Rodearon el enorme edificio hasta encontrar la puerta. Esta era de gran tamaño y estaba herméticamente cerrada. Richard se elevó con su «bak» buscando un respiradero o cualquier abertura que les permitiera introducirse.

—He encontrado algunos ventiladores —informó al regresar—, pero nos llevaría mucho tiempo abrirnos paso por ellos, aparte de que promoveríamos gran ruido.

Miguel Angel miraba pensativo la doble vía que desaparecía bajo la puerta.

—Parece que esta vía lleve a la ciudad —observó—. Me gustaría saber cómo es la locomotora que discurre sobre estos raíles.

—Sera de vapor —apuntó Richard, cuya fantasía no era muy abundante. Y para apoyar su afirmación añadió—: No se ven cables como los de los trenes eléctricos.

En esto se dejó oír un zumbido por la parte de la ciudad. A la pálida claridad de los astros vieron acercarse un bulto. Angel, que estaba sobre la vía, percibió el leve vibrar de los raíles y avisó.

—¡Pronto, ocultémonos! ¡Se acerca un tren! Muy próximos al edificio había unos matorrales achaparrados. Se ocultaron tras ellos bregando con el «bak» para que descendiera a tierra. Apenas acababan de ocultarse cuando las grandes puertas del edificio se abrieron de par en par dejando caer sobre las espaldas de los terrestres un torrente de luz.

—¡Estamos descubiertos! —refunfuñó Richard saltando en pie.

—¡Quieto! —susurró Angel tirando de él hacía abajo—. No se mueva ahora.

— ¡Que nos van a ver!

—¿Quién?

Richard miró hacia atrás y vio que nadie habíase asomado a la puerta para recibir al tren que llegaba en estos precisos momentos. La locomotora era una soberbia máquina de líneas aerodinámicas. Avanzaba con el silencio y la suavidad de un fantasma, sin resuellos ni golpes, sin arrojar humos ni gases. En su afilada proa tenia un gran proyector y debajo otra especie de farol que irradiaba una leve claridad rosada. La experiencia que los terrestres poseían ya acerca de las máquinas superperfectas les hizo comprender que aquel cristal era en realidad el «ojo» de la locomotora.

Ningún cable proporcionaba la electricidad al tren, nada indicaba que su mecanismo de propulsión utilizara líquidos inflamables ni carbón. La magnifica locomotora pasó ante los admirados terrestres seguida de tres vagones cerrados.

—Vengan conmigo —dijo Angel saltando en pie—. Vamos a entrar siguiendo al tren.

Richard y George siguieron al español y echaron a andar tras el último vagón. De esta forma entraron en el edificio. Al hacerlo se intensificó el poderoso zumbido de las máquinas. La atmósfera era sofocante y estaba sobrecargada del penetrante olor a grasas, aceites lubricantes y petróleos. Una inmensa nave, donde trabajaban grandes y silenciosas máquinas, se ofreció ante los ojos de los sorprendidos terrestres.

El tren siguió adelante y se detuvo ante algunas grúas de extraña forma. Sonó un timbre. Los techos de los tres vagones se abrieron como las tapas de otros tantos cofres y las grúas adelantaron sus brazos introduciéndolos en la carga. Una gran manguera avanzó como un horrible tentáculo articulado y empezó a sorber el aceite del último de los vagones, que era ni más ni menos que un tanque.

Las grúas, a su vez, levantaron en el aire dos enormes cajas de plomo y las depositaron con suavidad sobre un deslizador de rodillos que atravesaba la nave y desaparece en la oscura boca de una gigantesca máquina que ocupaba todo el fondo del edificio. Apenas las cajas fueron soltadas por las grúas los rodillos empezaron a girar y los dos bloques de plomo se deslizaron con suavidad por el pintoresco camino hasta desaparecer por la boca de la maquina.

—¡Bueno! —gruñó Richard Balmer—. ¿Qué demonios significa esto?

—Creo que estamos asistiendo a un acto de gran solemnidad e importancia para la fábrica —sonrió Miguel Angel—. El tren acaba de llegar no sabemos de dónde con «subsistencias» o provisiones para las máquinas. Aceite, lubricantes, grasas... y algo dentro de esas cajas de plomo.

Efectivamente, las grúas se ocuparon ahora en la descarga de la tercera unidad del convoy. Grandes latas de grasa y petróleo surcaron los aires y fueron a parar a unos deslizadores sin fin que en suave pendiente ascendían hasta el primer piso del edificio. Las latas de grasa a un lado; las de petróleo a otro, todo perfectamente ordenado, sin atropellos ni apresuramientos, pero sin detenerse un segundo y con metódica regularidad.

—¿Qué se fabricará aquí? —murmuró George Paiton.

—Espero que sea electricidad —dijo el español—. Esto, a mi parecer, no es otra cosa que una central térmica. Esas cajas de plomo que acabamos de ver bien podrían contener grandes cantidades de radium o uranio. La teoría del profesor Stefansson acerca de los saltos de agua como fuente de energía para los robots, debe de ser equivocada. Esta central, si de central se trata, consume energía atómica y la transforma en energía eléctrica. La energía eléctrica servirá a la vez para fabricar nueva energía atómica, formando así una cadena de movimiento que será lo más parecido posible al movimiento continuo.

—¿Y qué cree usted que pasaría si destruyéramos esta central?— preguntó Richard.

—Algo dejaría de funcionar en el imperio de los cerebros

electrónicos, creo yo.

—¿Entonces?

—Vamos a buscar donde poner nuestra carga de explosivos.

Recorrieron la inmensa nave con cautelosos pasos y los ojos muy abiertos y avizores, intimidados por el profundo zumbido de una doble fila de gigantes— cas dinamos, la soledad, el orden y la limpieza de cuanto les rodeaba. Los techos eran altísimos. De trecho en trecho pendía un globo que irradiaba una luz viva y rosada. Los focos se reflejaban en la pulida superficie del piso. Parecía como si anduvieran sobre una lámina de cristal teniendo debajo, fielmente reproducidas, las zumbadoras máquinas y los globos de luz.

—Alguien debe de cuidar y limpiar todo esto —musitó Angel.

Avanzaron hacia el fondo de la nave, donde se veía aquella descomunal máquina que acababa de tragarse las dos cajas de plomo como una máquina tragaperras una moneda. De pronto ocurrió lo que habían estado temiendo desde que pusieran los pies en este extraño edificio. Dos hombres mecánicos aparecieron descendiendo una escalera.

Se descubrieron unos a otros al mismo tiempo. Los dos monstruos profirieron una especie de silbido agudo y se abalanzaron contra los terrestres con la agilidad y celeridad de una pantera.

— ¡A ellos! —gritó Miguel Angel poniendo rodilla en tierra y echándose el fusil a la cara—. ¡No disparen hasta tenerlos cerca!

George Paiton imitó al español apoyando una rodilla en el piso y la culata del «Garand» en su hombro. Richard se quedó de pie, con las piernas muy abiertas y enarbolando su tremenda estaca.

Los dos robots estuvieron a diez metros de distancia en menos de tres segundos. Angel apuntó precipitadamente al pecho del de la derecha y apretó el gatillo. La granada antitanque salió del cañón, alcanzó al robot en mitad del amplio pecho y estalló aventando trozos de acero retorcido y piezas dentadas, muelles y bobinas en todas direcciones.

George Paiton apretó el gatillo casi al mismo tiempo, pero falló el blanco. Su granada antitanque pasó rozando el hombro del robot, siguió adelante y estalló contra la máquina del fondo.

El hombre mecánico se abalanzó sobre George con sus horribles brazos tendidos. Cada granada antitanque se carga por el cañón de un fusil y no había tiempo para disparar otra vez. George saltó hacia atrás esquivando la mortal bofetada del robot. Entonces entró en acción

Richard Balmer con su formidable estaca. Saltó tras la espalda del robot, levantó la tranca y descargó un demoledor trastazo contra la cabeza metálica. El robot se tambaleó un momento. Luego, contrariamente a lo que esperaba el radiotelegrafista, insistió en alcanzar a George Paiton, que se batía en retirada tratando de introducir con manos nerviosas el vástago de una nueva granada en el cañón de su fusil.

—¡Espera, hombre! —rugió Richard volviendo a enarbolar la porra.

Descargó un estacazo sobre la nuca del robot con todas sus fuerzas. La cabeza de acero se separó del tronco y rodó por el pulido piso con gran estrépito, el cuerpo metálico, por el impulso que llevaba, cayó de bruces promoviendo un ruido infernal a chatarra. Richard tiró a un lado el bastón roto y sonrió beatíficamente.

—Ya sabia yo que estas cafeteras no eran tan fuertes como a primera vista parecían—exclamó.

Angel se acercó adonde había ido a parar la cabeza, la recogió y la depositó junto al «cadáver» del robot. Por el cuello salían varios hilos brillantes, algunos muelles y otras piezas delicadas de metal impregnadas de aceite. Luego miró a su alrededor con desconfianza.

—Apresurémonos —dijo en voz baja—. Tal vez hayan más hombres como estos en el edificio.

—Bien, ¿qué hacemos?—preguntó Richard.

—Mientras usted sujeta al robot con el «bak» para llevárnoslo, George y yo pondremos el TNT en cualquier agujero de aquella máquina del fondo. Parece ser una de las más importantes.

Richard asintió y empezó a deshacer el paquete que contenía la caja de trinitrotolueno. Angel y George la tomaron junto con los detonares de relojería y se encaminaron hacia la máquina. En el momento de llegar junto a ella volvían a salir las dos pesadas cajas de plomo deslizándose sobre los rodillos y en dirección al tren.

—¡Pronto! —apresuró Angel—. El tren saldrá dentro de unos minutos y debemos de aprovecharnos de él para escapar.

Dieron una vuelta alrededor de la máquina gigante buscando el lugar más apropiado para depositar la caja de TXT. Se decidieron por introducirla hasta lo más profundo de una abertura que había debajo de ella, dieron marcha al aparato de relojería preparando la explosión para media hora más tarde y retrocedieron hasta donde estaba Richard acabando de sujetar al robot al «bak».

—No sé donde meter la cabezota—refunfuñó—. Este trasto pesa sus buenos doscientos kilos. Tal vez el «bak» no pueda con él.

—Sí que podrá —dijo Angel poniendo en marcha el aparatito.

En efecto, el «bak» levantó al robot suspendiéndolo a tres pies de altura. Era más que suficiente. George tomó la cabeza del gigante electrónico, se la puso bajo del brazo y regresaron adonde estaba el tren. En aquel momento se daba por terminada la descarga y las tapas de los vagones volvían a sus puestos. Los terrestres se subieron a los topes. Apenas acababan el acomodarse allí sonó un timbre y el convoy se puso en movimiento retrocediendo.

La trasera del último vagón golpeo en el cuerpo metálico del robot y lo empujó. Las colosales puertas se abrieron y el soplo fresco de la noche acarició los rostros sudorosos de los terrestres.

—¿Seguimos en el tren?—preguntó George.

—Sigamos un rato a ver dónde nos lleva.

El convoy empezó a tomar velocidad y se dirigió raudo hacia la espléndida ciudad-concha, entre ésta y el mar. Estaban a punto de abandonar los topes cuando advirtieron que el tren no se detenía ni entraba en la ciudad, sino que seguía adelante deslizándose como un fantasma bajo la noche estrellada. Miguel Angel consultaba su reloj al resplandor de la ciudad-concha.

—Faltan tres minutos para la explosión —dijo—. Espero que estemos bastante lejos. Si tuviéramos la suerte de hacer estallar los depósitos de radium o uranio la explosión seria tremenda.

El tren dejó atrás la ciudad y corrió entre oscuros peñascos hacia unas luces lejanas. Tres minutos después vibraron los vagones metálicos y se vio una intensa llamarada alzarse sobre la coraza de cristal de la ciudad de los hombres mecánicos. Acto seguido se dejó oír una tremenda explosión. Las luces de la ciudad-concha parecieron apagarse todas de golpe, como bajo el soplo de un huracán. El tren se detuvo en seco, como espantado ante el estrepitoso rodar del eco que jugaba con la explosión lanzándola de un lado a otro.

—¡Hola! —exclamó Richard Balmer—. ¿Qué ocurre ahora?

El eco moría extinguiéndose en la distancia. Los terrestres saltaron a tierra y miraron a su alrededor.

En todo cuanto alcanzaba la vista no se veía una sola luz. Solamente las hinchadas estrellas que surcaban con extraordinaria rapidez el círculo cenital difundían un frío resplandor que iluminaba incluso el combado confín del horizonte. Miguel Angel miraba

fijamente la cúpula de cristal de la ciudad-concha, sobre cuya superficie se reflejaban las estrellas haciéndola todavía más hermosa.

—¿En qué piensa, teniente?—le preguntó George.

—Pienso si no convendría marchar ahora mismo hasta la ciudad. Este tren se ha detenido y todas las luces se han apagado de golpe. ¿Sería posible que toda la vida mecanizada de la ciudad, incluso los robots, hubieran quedado igualmente paralizados?

La sugerencia abría insospechados caminos de esperanza ante los terrestres. Todos los pensamientos volaron hacia Else von Eiken y su padre, el profesor; hacia Harry Tierney, Thomas Dyer y los dos Ley, padre e hijo, desaparecidos sin dejar rastro.

—¡Mil demonios! —rugió Richard—. ¡Vayamos a la ciudad sin perder un minuto!

—Si, vamos—murmuró George con voz ronca de emoción.

Sin pensarlo más, impulsados por una prisa febril, abandonaron allí mismo al robot destrozado llevándose el «bak» y se elevaron en el aire dirigiéndose a la ciudad-concha a cuanta velocidad les permitían sus «baks».

CAPITULO VI

LA CIUDAD DE PESADILLA

Desde cien metros de altura pudieron ver el brillo de una larga cinta plateada en tierra; era una carretera. Siguiéndola, nuestros amigos llegaron en cortos minutos hasta una de las grandes puertas abiertas en el muro transparente de la ciudad-concha.

Descendieron hasta que sus pies rozaron la pulimentada pista. La claridad de las estrellas les hubiera permitido perfectamente leer un periódico. Con mucha facilidad les permitió ver a dos hombres mecánicos, uno a cada lado de la puerta abierta, armados de fusiles cortos y tan inmóviles como si fueran estatuas.

— ¡Me lo figuraba! —exclamó Angel con regocijo—. ¡El corte de la corriente inmovilizó también a los hombres mecánicos!

En efecto, al llegar junto a los robots y examinarlos de cerca se convencieron de que estaban prácticamente muertos, quietos, en equilibrio sobre sus piernas, pero sin asomo de vida. George arrebató de entre las manos metálicas de uno de los monstruos el fusil. Al forcejeo, el robot perdió el equilibrio y cayó pesadamente a tierra con gran ruido de metal.

—¡Estupendo!—rió George.

Angel examinó el fusil capturado. Era igual a los que viera en manos de los hombres azules de Venus. Los terrestres jamás habían tenido ocasión de manejarlos. Angel apuntó al caído robot desde cinco metros de distancia y apretó el gatillo.

Al salir el proyectil se dejó oír un seco estampido como el de una pistola de aire comprimido. Al chocar con el cuerpo tendido del robot, el proyectil hizo explosión con gran estruendo despedazando al muñeco con resultados más demoledores que las granadas antitanques terrestres. El robot quedó reducido a un millón de pedazos esparcidos en una amplia zona, indicando a nuestros amigos lo peligroso que podía resultar emplear aquellas armas a corta distancia.

—Esto ya es otra cosa —sonrió Angel acariciando el extraño fusil —. Con estas armas podemos enfrentarnos con todo un batallón de robots... siempre que éstos vayan desarmados.

Quitaron el fusil al segundo robot y lo fusilaron desde diez metros de distancia reduciéndolo a pedazos. Acto seguido se lanzaron por una amplísima avenida de piso tan brillante y pulido como el de la central eléctrica. Los edificios se elevaban a centenares de metros sobre sus cabezas, haciendo parecer un «cañón» a la amplísima avenida. Lo

primero que les salió al paso fue uno de aquellos aerodinámicos automóviles que vieran la noche de la primera excursión hasta la ciudad-concha. El coche sólo tenía una rueda delantera y otra trasera y estaba caído sobre un costado, como una motocicleta abandonada sin dejar puesto el soporte. En su interior, todavía aferrado al volante, pudieron ver en la semipenumbra a un hombre mecánico en espantable inmovilidad.

Richard disparó contra el parabrisas del automóvil desde alguna distancia. Parte del coche voló en pedazos con estruendo que repitió extrañamente el eco.

Siguieron adelante. Más allá se tropezaron con dos coches más.

—Dejémoslos en paz —dijo Angel, y su voz la repitió el eco—. Si hemos de destruir a todos los robots que encontremos no acabaremos en un mes.

Recorrieron las calles sin emplear para nada las piernas, lanzados por sus maravillosos aparatos individuales a gran velocidad. La ciudad infundía pavor bajo la luz fría y pálida de las estrellas que se filtraba por su caparazón de cristal. A diestra y siniestra se encontraban con robots inmovilizados en las más extrañas posturas.

Muchos de ellos, la mayoría, estaban caídos sobre el suelo. Sobre las cabezas de los terrestres surcaban el espacio, atrevidas en su aparente fragilidad, las pistas aéreas de materia plástica. Toda la audaz arquitectura de los hombres azules parecía gravitar sobre los impresionados hombres de la Tierra con sus altísimos rascacielos, sus aéreos caminos y sus colosales proporciones. Ascensores en forma de tobogán escalaban osados las alturas de vértigo. Escaleras sin fin, rampas y arcadas se entrecruzaban con gracia y originalidad. Pavimentos, edificios, aleros, toboganes, rampas y pistas brillaban como joyas reverberando bajo la pálida claridad estelar.

Nuestros amigos, mudos de pasmo ante aquella maravilla arquitectónica, llegaron a una anchurosa plaza. Allí eran más numerosos los automóviles de dos ruedas caídos sobre un costado. Aquí, también Miguel Angel sintió que el corazón le brincaba en el pecho sobresaltado. La primera luz eléctrica desde que entraran en la ciudad hirió sus ojos procedentes de dos grandes esferas saledizas sobre la fachada de un altísimo edificio cuyas ventanas, en contra de lo que ocurría con las del resto de la población, estaban espléndidamente iluminadas.

Una amplísima escalinata llevaba desde la calle a un sobrio y elegante portal. Una a cada lado del portal estaban las esferas de luz roja que llamaron la atención de los terrestres, y debajo de cada esfera

había un centinela de acero con un rifle atómico entre los guanteletes metálicos.

—¡PatapIum! —murmuró Richard acercándose al español—. ¡Ya está de vuelta la corriente!

Se detuvieron, mirando fijamente hacia el rascacielos y el portal, sobre el que podía leerse en caracteres *saissais* «COMANDANCIA».

—La luz no ha vuelto —dijo Miguel Angel—. Ese edificio debe de recibir la energía eléctrica de otra central distinta.

—Si —dijo George señalando el letrero—. Aquí, como en todas partes, el gobierno tiene su propia línea para poder seguir funcionando cuando el resto de la ciudad quede paralizada por cualquier causa imprevista.

—Si nuestros amigos están vivos en alguna parte debe de ser precisamente ahí—murmuró Miguel

Angel.

En este momento los dos muñecos mecánicos se pusieron en movimiento avanzando el uno hacia el otro, cruzándose justamente a mitad de camino, girando sobre sus talones al llegar bajo las esferas coloradas y parándose allí bruscamente.

— ¡Muy bien, chicos! —gruñó Richard—. Los centinelas del rey del Inglaterra no lo hubieran hecho mejor.

Aproximáronse cautelosamente a los centinelas, preparados para hacer fuego a la primera señal de haber sido descubiertos. Lo que esperaban ocurrió cuando estaban a mitad de camino y a una distancia de cuarenta metros del portal. Los dos centinelas mecánicos lanzaron su característico silbido y empuñaron sus rifles atómicos. Rápidos como el relámpago Angel y Richard dispararon sus armas. Un rosario de secos estampidos señaló la salida de otros tantos diminutos proyectiles. Los dos robots fueron alcanzados de lleno y reducidos a polvo con gran estruendo.

Todavía estaba el eco repitiendo las detonaciones cuando llegó hasta nuestros amigos el eco de un grito humano. La puerta estaba abierta de par en par y profusamente iluminada. Por ella aparecieron inesperadamente Bill Ley, Harry Tierney y Else von Eicken. Detrás de éstos, corriendo con cuanta velocidad les permitían sus piernas, vieron al profesor von Eicken, Edgar Ley y a Thomas Dyer.

—¡Bill!—gritó Angel haciendo bajar la palanquita aceleradora de su «bak» y lanzándose hacia la puerta.

Bill Ley, que había sacado cinco pasos de ventaja a todos los

demás, llegó primero al portal agitando las manos con indescriptible júbilo. Súbitamente ocurrió lo inesperado. Al pasar sobre los dos robustos pilares que soportaban el dintel, dos rayos plateados salieron uno de cada pilastra cogiendo en medio al muchacho. Se oyó un restallar como de latigazo y brilló una chispa azul eléctrico.

—¡Bill!—exclamó Angel viendo caer al muchacho fulminado.

Los que venían detrás del joven tuvieron el tiempo justo para frenar su carrera antes de rebasar los pilares de donde salían los mortíferos rayos. Angel y George iban a su vez lanzados a gran velocidad hacia el portal para reunirse con sus amigos. El «bak» sólo disponía de movimientos ascensoriales o en descenso. Para dar la vuelta había que volverse en el aire como dentro del agua, simplemente con un movimiento muscular del torso y dándose impulso con las piernas. Ambos viraron con brusquedad parando los motores de los baks» y sufriendo una aparatosa caída desde tres metros de altura.

Angel, con todos los huesos molidos, se puso en pie y se acercó cojeando adonde estaba Bill.

—¡Cuidado! —advirtió a los espantados Harry Tierney, Else von Eicken y demás compañeros—. ¡No intenten pasar ahora!

Edgar Ley intentó arrojarse sobre el cuerpo de su hijo. El profesor se lo impidió sujetándole y llamando a Thomas Dyer en su ayuda. Harry, pálido como un cadáver, trataba de ver ante sí los invisibles rayos que le impedían pasar.

—Debe de haber algún interruptor de la corriente ahí dentro —apuntó Angel—. Busquen detrás de la puerta o en el cuerpo de guardia.

Harry desapareció en una puerta de la izquierda. Angel miró a la cara grisácea de Bill. El muchacho, sin género de dudas, estaba muerto. Los rayos plateados le habían electrocutado en una fracción de segundo.

—¿Se encuentran todos bien?—preguntó Angel a Else.

La muchacha asintió con un mudo movimiento de cabeza. Sus ojos no podían apartarse del cadáver de Bill. Harry Tierney salió de la habitación de la izquierda, cruzó el anchuroso zaguán donde Edgar Ley sollozaba cubriéndose la cara con las manos y entró en otra habitación de la derecha. De pronto se dejó oír el zumbido de un ascensor. El profesor von Eicken dejó al padre del infortunado Bill, se adelantó hacia el portal y dijo a Angel.

—Está bajando el ascensor. Creo que son los robots quienes

llegan.

En este momento se apagaron las esferas coloradas que bañaban el portal de la Comandancia de una luz rojiza. Harry salió de la habitación de la derecha gritando:

— ¡He invertido todas las palancas que encontré ahí dentro!

—Espero que alguna sea el interruptor de estos rayos —dijo Angel —. Voy a probar con el fusil.

Descolgó su fusil terrestre «Garand» que llevaba al hombro, lo empuñó por la culata y adelantó el cañón sin que se produjera ninguna descarga eléctrica.

—El paso está franco —anunció Angel. Y para demostrar que así era cruzó intrépidamente el portal.

Harry Tierney y Else von Eicken salieron apresuradamente. Edgar Ley se abrazó llorando al cadáver de su hijo y Angel hincó la rodilla en tierra preparándose a disparar contra el ascensor en cuanto éste llegara abajo.

La velocidad de descenso del aparato debía de ser tremenda. La plataforma bajó como una centella parando en seco. Sobre ella habían tres hombres mecánicos armados de fusiles atómicos. Angel disparó contra ellos. La explosión no sólo destrozó a los ocupantes del ascensor antes de que tuvieran tiempo de saltar fuera, sino que inutilizó también el ascensor.

Pero habían dos mas, uno a cada lado, y todo indicaba que, a menos que se apresuraran a batirse en retirada, los hombres mecánicos acabarían por organizarse en un ataque a fondo. Angel disparo cuatro veces más, dos disparos para cada ascensor, y considerándolos bastante malparados retrocedió saltando sobre el cadáver de Bill Ley.

Sus amigos estaban ya cruzando la plaza. Harry Tierney empujaba a Edgar Ley, quien se resistía a abandonar el cuerpo de su hijo. En el momento que Angel les alcanzaba ocurrió algo catastrófico. Súbitamente las luces de la ciudad se encendieron, los automóviles se enderezaron y empezaron a correr, los robots caídos por las calles se pusieron en pie, los ascensores comenzaron a marchar y la gran urbe mecanizada a zumbar como una máquina bien construida y perfectamente lubricada. Casi en el mismo instante empezaron a aullar las sirenas con estruendo ensordecedor.

El grupo de terrestres quedaron como clavados al brillante pavimento de la plaza, mirando a su alrededor con ojos espantados de horror. El primero en arrancarse de su estupor fue Miguel Angel.

—¡Han restablecido la corriente!—chilló con acento desesperado.

Los robots más próximos acababan de descubrir a los humanos. Se dejó oír un atronador coro de silbidos y voces extrañamente metálicas que gritaban:

— ¡Bestias! ¡Bestias! ¡Bestias!...

Una veintena de robots se pusieron en movimiento hacia los terrestres. La docena o más de automóviles que acababan de ponerse en marcha se detuvieron y arrojaron por las portezuelas a otros hombres mecánicos, todos los cuales echaron a correr hacia el grupo de inmóviles hombres humanos.

—¡Rápido, George! —gritó Angel—. ¡Hay que detener a esos monstruos... sea como sea!

Puso rodilla en tierra, se echo el fusil atómico a la cara y empezó a disparar.

No empleaba más que un solo proyectil para tumbar a cada robot, y los disparos salían tan seguidos del cañón de su maravillosa arma que parecía una ametralladora a tiro lento. Un rosario de poderosas detonaciones señalaron cada impacto de los diminutos balines atómicos. Una profunda brecha se abrió entre los hombres mecánicos. Muchos de ellos yacían ya destrozados por el pavimento de plástico cuando los tiros de George se unieron a los del español.

A su vez, Richard Balmer descolgó de su hombro el fusil antitanque terrestre, introdujo el vástago de una granada en el cañón y empezó a disparar.

El primer disparo lo hizo contra dos robots que corrían casi tocándose. Los dos fueron despedidos a gran distancia por la terrible fuerza de los explosivos que en la Tierra servían para desventar carros de asalto. Con todo, el fusil antitanque de Richard Balmer era con relación a los rifles atómicos *saissais* lo que una espindarga con relación a un fusil «Garand» de la infantería de marina de los Estados Unidos de América. Tenían de semejanza hasta el detalle de tener que cargar cada proyectil por el cañón.

Harry Tierney, el mejor tirador del grupo a excepción quizás de Miguel Angel Aznar, quitó a éste su fusil antitanque y se unió a la refriega. Thomas Dyer, lo más aproximado al hombre de la edad de piedra, al menos en su aspecto exterior, tomó el fusil de George Paiton y sus granadas terrestres y se dispuso a ayudar a sus compañeros.

—¡Déjelos, Dyer! —le gritó el español—. ¡Huyan ustedes hacia el primer edificio que encuentren mientras nosotros contenemos a estos bichos!

El pavimento de la plaza se cubría de pedazos de hierro, restos de los hombres mecánicos que caían segados por los certeros disparos de los fusiles atómicos. Harry Tierney disponiase a introducir otra granada en el cañón de su «Garand» después de haber parado en seco a un automóvil que se arrojaba contra ellos a toda velocidad, cuando Angel le gritó:

—¡Retroceda también usted, Harry!

—¿Y que les deje aquí solos? ¡Ni hablar!

—¡No sea calamidad! ¡Nosotros tres llevamos «baks» y podemos alcanzarles en un momento!

—¡O.K., jefe!—gritó Harry sobre el estruendo de la batalla, echando a correr en seguimiento de Else von Eicken, el profesor, Edgar Ley y Thomas Dyer.

Miguel Angel Aznar dejó de disparar un momento para echar una mirada general al campo de batalla. Sólo quedaban dos hombres mecánicos en pie, y pese a carecer de armas avanzaban con tenaz resolución sobre los terrestres. Los robots, evidentemente, desconocían la diferencia entre la vida y la muerte, e ignorando esta última no les importaba ver caer agavillados y convertidos en retorcidos montones de hierro a sus compañeros. Avanzaban. Avanzaban siempre dejando escapar sus horribles silbidos y gritando con su todavía más horrible voz, desprovista de toda inflexión humana:

— ¡Bestias, bestias...!

Un certero disparo de George Paiton convirtió al más próximo de los robots en un puñado de muelles, tornillos y piezas metálicas esparcidas en todas direcciones. Angel se echó el rifle atómico a la cara y destruyó al otro.

—¡Listos!—suspiró Richard.

—¡Por allá vienen más! —señaló George hacia las avenidas laterales.

Angel miró al grupo del profesor von Eicken y les vio entrar a la carrera en el portal de uno de los altísimos edificios. Entonces llamó a George y a Richard. Ambos pusieron en marcha sus «baks» y volaron rápidamente en seguimiento de los fugitivos. Angel todavía se entretuvo un minuto disparando repetidas veces contra los aún distantes robots. Viendo caer a unos cuantos de ellos se elevó a su vez y surcó el espacio como una flecha entrando por el portal en seguimiento de Richard y George.

Los demás les llamaron desde la jaula de un ascensor. Apenas

estuvieron dentro cuando el profesor von Eicken apretó un botón y la plataforma salió disparada hacia arriba.

—¿Qué hacemos ahora?—interrogo von Eicken.

—Espero encontrar alguna salida al campo por arriba—dijo Miguel Angel.

—Suponiendo que logremos salir, ¿adonde iremos?

Iba Angel a contestar que a su refugio de las montañas cuando cayó en la cuenta de que sólo tres, los que iban provistos de «baks», podrían hacerlo con la indispensable rapidez. En los pocos segundos que invirtió el ascensor en llegar al final de su viaje. Miguel Angel se devanó los sesos tratando de hallar una solución. La plataforma se detuvo en seco al llegar a la terraza del rascacielos sin que el español encontrara una idea utilizable.

Salieron de la jaula como perseguidos por la peste y miraron a su alrededor. A un extremo de la terraza se veía uno de aquellos originales toboganes que se perdían en las alturas de la cúpula describiendo espirales.

—¿Qué es aquello?—preguntó George señalando hacia arriba.

Lo que George acababa de ver era una plataforma que parecía estar tocando el lecho de cristal.

—Tal vez sea un observatorio con salida afuera —dijo Angel—. Subamos.

Corrieron hacia un extremo de la terraza, donde el tobogán se unía al edificio. Sobre la pista había un extraño vehículo parecido a una gasolinera de paseo descubierta. Era grande y tenía cómodos asientos capaces para todos. Del abismo formado por los altos edificios llegaba el ulular ronco de las sirenas de alarma. Sin pensarlo, empujados por el temor que les inspiraban aquellos hombres mecánicos empeñados en matarles, los terrestres se colaron en el vehículo y Angel se situó ante los mandos. Estos eran sencillos en extremo. Una palanca con signos *saissais* indicaba «AVANTE» y «RETRO».

Angel tiró de la palanca hasta colocarla en el punto de «AVANTE». Se dejó oír el silbido característico de los gases al salir por un tubo angosto y el ascensor se puso en marcha deslizándose sobre la pista a creciente velocidad.

Mientras corrían como centellas cuesta arriba el aire les azotaba el rostro y la ciudad entera parecía girar vertiginosamente bajo sus pies, aunque en realidad eran ellos quienes giraban siguiendo las

espirales del curioso tobogán.

El ascensor escaló raudo las alturas, entró en una recta horizontal y se detuvo frenado por si solo al llegar al término de su viaje. Se encontraban en una plataforma que, en forma de anillo, se unía por un lado a las paredes cóncavas de la cúpula de la cubierta transparente de la ciudad y dejaba en el centro una especie de pozo circular por el que entraban los deslizadores de los toboganes y por el que podía verse también a la ciudad entera a vista de pájaro. Del lado que el piso se unía a las paredes de la cubierta de la ciudad-concha habían perfectamente alineados multitud de aparatos aéreos.

Se trataba de aquellas curiosas «zapatillas volantes» que nuestros amigos ya habían tenido ocasión de ver en la Ciudad Congelada de Venus actuando como aviones de caza de los hombres azules. Estos veloces aparatos eran como una copia de las «zapatillas acuáticas» terrestres, aunque más grandes y provistas de cabina acristalada. Por la proa afilada de la aeronave asomaban su sombría boca los cañones que disparaban proyectiles cohete atómicos. Las «zapatillas» serían quizás un millar, alineadas con la popa hacia el inmenso agujero central de la plataforma y la proa hacia las paredes transparentes de la cúpula. Un reborde de metal indicaba que cada aparato estaba situado frente a una puerta, ahora cerrada.

Nuestros amigos saltaron del ascensor cohete y corrieron hacia las aeronaves. No se veía un alma sobre la plataforma hangar. El interior de las cabinas acristaladas de los aparatos estaban a oscuras. Angel saltó sobre una de las «zapatillas» y tiró de la portezuela. Al hacerlo se iluminó el interior de la cabina.

—¡Cuidado! —gritó Richard desde abajo—. ¡Hay un robot sentado ante los mandos!

Angel sintió que la sangre se le helaba en las venas. Cerró la portezuela de golpe. Al hacerlo volvió a quedar a oscuras la cabina. Saltó al piso y retrocedió unos pasos, esperando con el fusil atómico apuntado contra la portezuela a que esta se abriera dejando paso al robot. Pero ni se abrió la portezuela ni se movió nadie en el interior de la cabina.

George Paiton había saltado sobre otra aeronave. Abrió la portezuela de golpe y ocurrió lo que acababa de ocurrir con la otra. Las luces se encendieron dejando ver a un robot sentado ante los mandos.

— ¡Maldición! —bramó Richard Balmer corriendo entre las afiladas proas de los aparatos y la pared de cristal—. ¡En cada avión hay un hombre mecánico!

Angel miraba en torno a si, confuso y completamente desorientado. Esperaba que de un momento a otro saltaran al piso los hombres de acero como habían saltado de sus automóviles los robots de la plaza, pero nada de esto ocurrió, Richard Balmer volvió junto al español y le zarandeó por un brazo fuera de sí.

—¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Del abismo que formaba la plataforma en su centro llegaba el estrépito de las sirenas. Se oyó también el silbido de un ascensor cohete.

—¡Los ascensores están subiendo!—gritó George después de asomarse al abismo.

—¡Mil demonios! bramó Richard Balmer—. ¡No podemos quedarnos quietos sin hacer nada! ¿Subamos a esos aparatos... yo me encargo de estrangular al piloto mecánico!

No había más remedio, Angel lo comprendió así. Y aunque las probabilidades de «estrangular» a un robot eran muy remotas, se decidió por la lucha a brazo partido saltando sobre una «zapatilla volante» y tirando de la portezuela.

La cabina se iluminó dejando ver al piloto ante los mandos. Pero, con gran asombro por parte de Angel y Richard, que habían penetrado en el avión, el robot no se movió.

Angel, desesperado e irritado, se acerco en un salto hasta situarse tras el hombre mecánico y le gritó apoyando el cañón de su fusil atómico en la nuca:

—¡Quieto, no te muevas o disparo!

El robot no se movió. Erguido como un palo, con sus guanteletes de acero sobre las palancas, parcela una estatua.

Harry Tierney y George Paiton se precipitaron en la cabina del aparato dispuestos a ayudar a Angel y Richard. Se detuvieron sorprendidos al ver que el piloto no se movía.

—¡Esto para que diga el profesor Stefansson que los robots no conocen la muerte y, por lo tanto, no la temen!—gritó Richard con su gran vozarrón.

—Esto es muy extraño —dijo Harry. Y gritó con su imperfecta lengua *saissai*—: ¡Robot, levanta una mano!

El muñeco mecánico alzó una mano con gran asombro de Harry.

— ¡No cabe duda! —rió George—. ¡Está vivo y teme a la muerte! ¡Robot, baja la mano!

El hombre mecánico volvió a empuñar la palanca dejando caer el rígido brazo. El resto de los expedicionarios entraron en la cabina.

—¡Pronto… pronto! —apremió von Eicken—. ¡Los ascensores están llegando!

Angel tomó asiento en el sillón contiguo al del robot y empezó a dictarle órdenes en lengua *saissai*.

—¡Robot, pon el avión en marcha y elévate!

Las manos metálicas del muñeco mecánico se movieron con rapidez sobre el cuadro de instrumentos. Un rayo de luz color violeta salió de la proa iluminando la puerta de vidrio. Por efecto del rayo violeta la puerta se abrió por si sola. Acto seguido el robot movió diversos botones y palancas. Se dejó oír un largo aullido, ahogado por la cabina de repente al cerrar alguien do los terrestres la portezuela. La «zapatilla volante» se deslizó hacia adelante, salió por la ancha puerta, resbaló sobre una plataforma de lanzamiento y se remontó en el aire con la velocidad de un bólido.

Volviendo la cabeza hacia atrás, Miguel Angel vio a través de los cristales cómo la ciudad-concha quedaba rápidamente lejos con sus miríadas de luces y sus peligros.

CAPITULO VII

OTRA VEZ JUNTOS

MIGUEL Angel Aznar, sentado junto al piloto electrónico, miraba fijamente a la extraña máquina sintiendo una opresión molesta en el estomago. Seguramente por razones de estética, los hombres azules habían procurado dar a la fisonomía de los robots un aspecto humano moldeando sus facciones con arreglo a los más puros cánones de la belleza *saissais.* Sin embargo, los hombres mecánicos infundían pavor con su cara inconmovible, donde los ojos eran lo único dotado de vida.

Los ojos del robot eran oblicuos como los de sus creadores, pero algo más grande. Angel esperaba verle rebelarse de pronto, alterar el rumbo del avión o ponerse en pie descargando golpes a diestra y siniestra. Si el hombre mecánico hubiera optado por hacer cualquiera de estas cosas, la situación de los terrestres hubiera sido francamente comprometida. No podían destruir al robot utilizando los fusiles atómicos, porque entonces todos hubieran quedado igualmente destruidos con la explosión. En cuanto a dominarle por la fuerza, Angel intuía que toda la fuerza muscular de sus compañeros reunida no iba a bastar para inmovilizar al hombre mecánico.

Pero el hombre mecánico estaba portándose muy bien. Mejor, sin género de dudas, que el mas obediente y experto de los pilotos humanos. El piloto electrónico vigilaba los indicadores del salpicadero, mantenía al avión dentro del rumbo ordenado y a la altura conveniente y, en fin, no se hacia acreedor del más pequeño reproche.

A la pálida y fría luz de las estrellas, que en tamaño y cantidad extraordinaria surcaban el cielo de Oeste a Este, estaba uniéndose ahora la claridad rosada de la aurora. Ya el horizonte se incendiaba anunciando la salida de aquel nuevo Sol, de modo que era perfectamente visible la tierra que sobrevolaban.

La distancia hasta el refugio de las montañas, largo para recorrerlo a pie y relativamente breve para cubrirlo con los «baks», no significaba nada para la veloz «zapatilla volante». A los pocos minutos de salir de la ciudad-concha ya eran visibles los macizos montañosos, donde aguardaban el profesor Stefansson y Bárbara Watt de Aznar.

Angel dictó sus órdenes al robot y éste disminuyó la marcha mientras el español trataba de reconocer el profundo cañón donde estaba el refugio.

El problema iba a ser tomar tierra. Una «zapatilla volante» sólo

necesitaba la cuarta parte de terreno que un avión terrestre para aterrizar, pero así y todo aquellos profundos cañones en zigzag no ofrecían apenas cien metros de suelo convenientemente liso.

—George —llamó Angel volviendo la cabeza hacia atrás—. ¿Se ve a nuestros perseguidores?

—¡Todavía no!

—¡Robot —ordenó Angel con energía—, reduce más la velocidad!

El piloto de acero obedeció prestamente. Los ojos ansiosos del español descubrieron entonces el cañón. Era imposible tomar tierra en el, pero había otro contiguo por cuyo fondo corría un riachuelo que había dejado en sus crecidas una estrecha faja de arena.

—¡Robot, prepárate para tomar tierra en aquel riachuelo!

El robot inclinó el avión hacia la izquierda, echó una mirada hacia donde Angel le señalaba y redujo todavía más la velocidad. Por debajo de la proa de la zapatilla salió el chorro de gases del tubo que hacia de freno. En la maravillosa cabeza electrónica, pintorescamente rematada por un aguijón de acero de dos pulgadas de alto, los datos que le proporcionaban los órganos visuales parecían grabarse con rapidez indeleble.

—¿No seria mejor que tomara usted mismo los mandos, míster Aznar?—propuso el profesor von Eicken.

—Nunca he pilotado un aparato como este, y aunque acabo de aprender algo observando a este robot, no es suficiente. Por lo demás, estoy seguro de que si alguien es capaz de efectuar un aterrizaje perfecto, este piloto lo hará sin equivocarse en un milímetro.

En efecto, con una pericia sobrenatural y una exactitud matemática, el piloto electrónico dejó caer al avión en la profunda sima y tomó tierra sobre la estrecha faja de arena. La proa del aparato se detuvo a sólo medio metro de distancia de la roca más próxima.

—¡Estupendo, chico! —rió Richard golpeando amistosamente en el férreo hombro del robot—. ¡Yo no lo hubiera hecho mejor!

Harry Tierney abrió la portezuela y saltó a tierra. Angel ordenó al robot que se pusiera en pie y se apeara. Siembre obediente, el robot pasó ante el español y echó pie a tierra, esperándose a un lado como para recibir órdenes.

—Convendría ocultar el aparato —insinuó Angel—. Empújenlo ustedes hasta dejarlo debajo de esa roca que se adelanta como una visera mientras yo borro las huellas del tren de aterrizaje.

Así lo hicieron. El robot les ayudó a empujar la «zapatilla» y Miguel Angel desgajó una rama de un árbol achaparrado barriendo con el la arena hasta borrar las huellas del avión. Luego cubrieron apresuradamente el aparato con ramas. Estaban en esta faena cuando el Sol lanzó el primero de sus dorados rayos en el cañón. Simultáneamente se dejó oír el estruendo de unos motores.

—¡Ahí vienen nuestros perseguidores!

Corrieron a ocultarse bajo los arbustos. Sobre sus cabezas pasaron algunas «zapatillas volantes» a poca velocidad, sin duda explorando el fondo de los cañones. En cuanto se hubieron alejado se oyó un formidable suspiro de alivio. Inmediatamente emprendieron el camino hacia el contiguo cañón.

El robot les seguía dócilmente, resbalando con frecuencia en el pedregoso sendero y cayendo varias veces con gran ruido de chatarra. Indudablemente, el hombre mecánico no había sido construido para triscar por las peñas como una cabra.

Poco después desembocaban en el cañón donde estaba la cueva, y la perra «Chita» se adelantaba a su encuentro ladrando desaforadamente. Tras la perra apareció en la boca de la cueva el profesor Louis Frederich Stefansson armado de un rifle antitanque. Sobre el hombro del sabio asomó la cara pálida de Bárbara, quien al reconocer a su marido salió atropelladamente hacia el, cayendo en sus brazos con un sollozo que era a la vez de alegría y resultas de la insoportable tensión nerviosa a que estuvo sometida durante cuatro horas.

Míster Louis Frederich Stefansson miró con el ceño fruncido al hombre mecánico que acompañaba a los recién llegados y luego estrechó calurosamente las manos de todos los rescatados. Bárbara, en cuanto se desprendió de los brazos de su marido, corrió a abrazar a Else von Eicken. Luego estrechó la mano de todos observando su aire de cansancio y abatimiento.

—¡Bill! —exclamó al caer en la cuenta de la falta del joven—. ¿Dónde está Bill?

La forma en que abatieron la cabeza y el sollozo de Edgar Ley lo dijeron todo. Tras un largo y sombrío silencio, el profesor Stefansson se acercó al robot y le examinó de cerca con sus ojos miopes. El robot, a su vez, miró al profesor con glacial frialdad.

—¿Cómo te llamas, robot?—le preguntó el profesor en *saissai.*

—Número tres mil veinte—respondió el muñeco con rapidez en la misma cara del sabio, que cayó sentado en tierra del susto.

Angel sonrió. Ayudó al viejo a levantarse e insinuó la conveniencia de entrar en la cueva por si regresaban los aviones exploradores de los hombres mecánicos. El profesor siguió al robot como un perro, sin dejar de admirar sus movimientos y haciendo múltiples preguntas sobre la forma en que lo habían capturado.

Ya en la cueva se dispusieron a comer abriendo varias latas de conserva. Edgar Ley, comprendiendo que su tribulación estaba en desacuerdo con la satisfacción de todos al verse reunidos, se retiró al rincón más profundo de la cueva y se acostó sobre el lecho de hojas secas del profesor.

Aunque nadie sentía deseos de reír después de la desgraciada perdida de Bill Ley, la verdad era que todos sentíase más alegres y optimistas reunidos en circulo en torno a la lona que hacia las veces de mantel. Harry Tierney relató lo ocurrido desde que Miguel Angel y su esposa, el profesor Stefansson, George Paiton y Richard Balmer se separaron llevándose el helicóptero.

La historia no era muy larga. Al amanecer de aquel día habían llegado media docena de «zapatillas». Por radio, los terrestres recibieron la conminación de rendirse incondicionalmente. Los terrestres aceptaron rendirse y una de las aeronaves amaró en el mar, acercándose al encallado «Lanza», mientras los restantes aparatos describían círculos en el aire vigilando la operación de embarque.

—Con gran asombro por nuestra parte —dijo Harry Tierney—, en la «zapatilla volante» no había más personas que dos de esos horribles hombres mecánicos. Uno de ellos era el piloto y el otro un robot de dos metros y medio de alzada que nos amenazó con una pistola.

—¿Pues qué esperaban encontrar? — preguntó Angel.

—Naturalmente, esperábamos encontrar hombres de raza azul, pues la conminación se nos hizo en esa lengua. De todos modos todavía nos quedaban esperanzas de encontrar hombres humanos cuando llegáramos adonde las «zapatillas volantes» se disponían a conducirnos.

—Apenas nos elevamos —prosiguió narrando el profesor von Eicken—, dos de aquellos aparatos picaron sobre el «Lanza» disparando sus cañones atómicos y destruyendo el aparato en un segundo. Los depósitos de combustible de nuestro avión hicieron explosión en el acto.

—Yo lloré de sentimiento al ver destruido nuestro querido «Lanza»—suspiró Else von Eicken.

—La aeronave nos llevó a la ciudad-concha —continuó diciendo

el sabio alemán—. Aterrizamos en la misma terraza de donde salimos esta madrugada y nos condujeron en un tobogán hasta la Comandancia. Allí habían muchos hombres mecánicos más, pero ni rastro de hombre humano. Los robots nos examinaron con curiosidad, más sin hacernos daño alguno. Al día siguiente nos llevaron otra vez a una «zapatilla» y volamos hasta un gran salto de agua. A consecuencia de una crecida, el río saltó sobre el dique y arrastró parte de las turbinas instaladas debajo. El robot que nos acompañaba me señaló las instalaciones destruidas y me ordenó: «Vosotros arreglar desperfectos.» Comprendí lo que querían de nosotros y procuré hacer comprender al robot que necesitaría hombres y máquinas. Al llegar a este punto se nubló la inteligencia del hombre mecánico. Por más que me esforzaba buscando las palabras apropiadas y más sencillas, no pude conseguir que me comprendiera. Sospeché que nunca consentirían en poner bajo mis órdenes hombres ni máquinas, y allí mismo empezó una agotadora discusión… que continuó de vuelta en la Comandancia de la ciudad.

—Una discusión que duró horas y horas —añadió Harry Tierney.

—Me admiró la paciencia de aquellos hombres de acero. Machacaban siempre sobre lo mismo «Vosotros arreglar desperfectos», y no nos amenazaban con la muerte ni nada parecido al tormento.

—¡Naturalmente! —exclamó míster Louis Frederich Stefansson—. Los cerebros electrónicos son incapaces de comprender los términos «vidas» y «muerte». Ignoran que los hombres con alma sentimos miedo hacia la «no existencia» terrenal. Incluso me admira que hayan comprendido que cuando cesan de funcionar los saltos de agua se interrumpe el hilo de su «existencia». Tal comprensión, seguramente, es la misma que les llevó a matar a todos los humanos. De una forma u otra vieron que si golpeaban con fuerza a un hombre de carne y alma éste dejaba de moverse.

—Míster Stefansson —le interrumpió Miguel Angel—. Los robots seguirán «viviendo» aunque se hundan todos sus saltos de agua. En cambio quedan paralizados al destruirse las centrales eléctricas que consumen energía nuclear.

—¿Usted cree?

—¡Como que lo vi por mis propios ojos!

—Ahora me referirá eso. Siga hablando, míster Eicken. ¿Qué más les ocurrió con los hombres mecánicos?

—Nada más. Todo se redujo a una discusión interminable. Esta discusión tuvo fin al producirse un general apagón de luces en la ciudad. Aprovechamos aquella circunstancia para salir de la

habitación donde nos tenían, sin darnos de comer ni siquiera de beber, y les encerramos dentro. Acabábamos de hacerlo cuando la luz volvió, al menos para todo el edificio de la Comandancia, pues el resto de la ciudad continuaba a oscuras. Nos precipitamos hacia el ascensor, que nos llevó al último piso. Volvimos a bajar y esta vez llegamos a la planta. En este momento se oyeron explosiones y aparecieron míster Aznar, míster Balmer y míster Paiton.

—Esa parte de la historia ya puedo referirla yo —dijo Angel. Y acto seguido, mientras sacaba con los dedos la carne congelada de una lata, contó al profesor Stefansson y a su esposa todo lo que les ocurrió desde el momento que salieron de esta cueva hasta que «Chita» les salió al encuentro dando brincos alrededor de Harry Tierney.

Míster Louis Frederick Stefansson escuchó atentamente, sin apartar sus ojos miopes de la cara expresiva del hispano. Cuando Angel hubo dado fin a su narración, el viejo se volvió hacia míster von Eicken y le preguntó:

—¿De modo que cuando sobrevino el apagón de luces, los robots de gran estatura que estaban discutiendo con ustedes quedaron paralizados de golpe?

—Tan de golpe como si un rayo invisible les hubiera fulminado.

Míster Louis Frederick Stefansson se acarició su aguda barbilla.

—No cabe duda de que toda la vida de la ciudad-concha depende de la central generadora que míster Aznar, míster Paiton y míster Balmer destruyeron. Se detuvo el tren y se quedó a oscuras la urbe. Con toda seguridad la Comandancia donde estaban ustedes tiene un dispositivo automático que empalma el circuito con un generador de corriente particular. Este generador empezó a funcionar a los pocos segundos de salir ustedes. Sin embargo, ¿de dónde recibió unos minutos más tarde la corriente toda la ciudad? No fue de la central atómica que nuestros bravos compañeros acababan de volar.

—Aunque no volvimos a la central creo que la dejamos bastante malparada para funcionar otra vez tan pronto—sonrió el español.

—Hay en todo esto un problema técnico sin aclarar —murmuró el profesor—. ¿Cómo llega la electricidad hasta los hombres mecánicos si éstos son, como todo parece indicar, electrónicos? ¿Lo saben ustedes?

—No —rió George Paiton—. Pero ahí tiene un ejemplar de esos endemoniados hombres. Richard es un experto en electricidad y puede abrirle las tripas para ver qué tiene dentro.

Con su habitual impaciencia, dando por terminada la comida allí mismo, el profesor Stefansson se puso en pie y se acercó al robot, que

con la inmovilidad de una estatua de piedra esperaba a un lado. Richard le siguió, y todos los demás les imitaron con el último bocado entre los dientes. Rodearon al hombre mecánico.

—Aquí, en la espalda, se ven unos tornillos—observó Richard.

—Vamos a desmontarlo —propuso el profesor.

Richard fue a la caja de herramientas del helicóptero y regresó con una bolsa de lona repleta de instrumentos. En un santiamén distribuyó sobre la lona martillos, destornilladores, alicates y llaves inglesas. Luego se acercó al robot y le dijo amablemente en lengua *saissai*:

—Lo siento, amiguito, pero vamos a tener que hacerte una intervención «quirúrgica».

El robot, como era de esperar, se limitó a mirar fijamente al forzudo norteamericano.

—Vamos con él —dijo Richard restregándose las manos.

Lo tumbaron sobre la lona. Richard se arrodilló Junto a él, empuñó el destornillador y se dio a la faena con entusiasmo. Levantó toda la pieza metálica que constituía la espalda del hombre mecánico y dejó escapar un largo silbido.

—¡Mi madre, qué jaleo!

Empezó a sacar piezas, tornillos, muelles, alambres… El profesor Stefansson y el profesor von Eicken se unieron a Richard. Los demás fueron a sentarse alrededor de la fogata. Al cabo de una larga hora el profesor se acercó con la cara y las manos llenas de grasa.

—Ya sabemos cómo reciben esos robots la energía Indispensable para «vivir».

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Es tan sencillo que a cualquier niño se le hubiera ocurrido. Ese pequeño aguijón que tienen sobre el cráneo es una simple antena. Los hombres mecánicos reciben la energía como un aparato de radio corriente recibe las ondas hertzianas…, es decir, con un aparato receptor. Una emisora debe de emitir ondas cargadas de electricidad y los robots la captan y la aplican a sus movimientos.

CAPITULO VIII

EL PROFESOR STEFANSSON DEDUCE...

EL descubrimiento que acababan de hacer los terrestres abría insospechados horizontes ante sus ojos absortos. Ahora era fácilmente comprensible el enigma de la supervivencia de los robots, cual era su sistema de propulsión, la fuerza que aumentaba sus cerebros electrónicos. Nada de acumuladores, nada de cables para la conducción de la corriente eléctrica. La electricidad que daba vida a los hombres mecánicos saltaba en forma de ondas desde la torre de una emisora, surcaba el éter en todas direcciones y llegaba hasta las antenas de los robots, quienes la recogían en sus delicados aparatos receptores convirtiéndola en fuerza y energía para sus cerebros. ¿Cabía nada más sencillo y a la vez maravilloso? Locomotoras, automóviles, luz del alumbrado, motores para ventiladores, ascensores y mil servicios ¡todo llegaba a los aparatos eléctricos en forma de ondas!

—Ahora lo veo claro —murmuró Angel—. Cuando nosotros destruimos la central generadora, la estación que emitía ondas eléctricas dejó de funcionar. Simultáneamente se apagaron las luces de la ciudad y se detuvo nuestro tren... ¡aquel tren cuya locomotora parecía eléctrica, y, sin embargo, no tenía trole como nuestros tranvías de la Tierra!

—Creo que acabamos de llegar a la base de toda la estructura levantada por los creadores de los hombres mecánicos —dijo el profesor con los ojillos relampagueantes tras los gruesos cristales de sus gafas—. La electricidad es la más limpia, silenciosa, segura y barata de todas las energías. Los hombres azules la domeñaron y utilizaron para que desempeñara las funciones más elementales de su existencia. El descubrimiento de una forma de lanzar la energía eléctrica a distancia es más importante de lo que parece a simple vista. Aplicada a nuestra Tierra, los automóviles no quemarían gasolina, sino electricidad. Hasta los pueblos más lejanos, sin necesidad de líneas conductoras, llegarían las ondas luminosas. Incluso los tractores en pleno campo y los barcos en alta mar podrían utilizarla. Las ondas eléctricas, como las ondas hertzianas, alcanzarían los lugares más remotos de la Tierra y todo el mundo podría utilizarlas en su provecho.

—Realmente, seria un sustitutivo excelente de la gasolina, el carbón y el petróleo —afirmó Miguel Angel—. Pero tal vez resultara más cara de lo que a simple vista parece.

—No creo que les cueste muy cara a los hombres mecánicos. ¿me

permiten emitir una teoría? —preguntó el profesor.

—Me gustaría saber quien es capaz de impedirle emitir una y mil teorías cuando usted las tiene en la mollera—comentó Thomas Dyer con sorna.

—Pues bien —prosiguió diciendo el profesor—. Retiro mi anterior hipótesis acerca de que la principal fuente de energía era para este mundo la que proporcionan los saltos de agua. Mejor dicho, no la retiro, sino que la complemento.

—¿En qué quedamos?—gruñó Thomas Dyer.

—La complemento. La energía de los saltos de agua es, en cierto modo, la base del edificio industrial de este mundo. Las centrales hidroeléctricas dan energía a las fábricas atómicas. De las fábricas de radium o uranio sale una nueva energía eléctrica multiplicada por mil... por dos mil... por un millón...

—No se preocupe por las cantidades de más o de menos —comentó Richard Balmer, sucio de grasa de pies a cabeza—. ¿Qué más?

—Nada más. Eso. Los saltos de agua no bastarían para dar toda la energía eléctrica que en este pícaro mundo se consume, pero ampliada gracias a los generadores que consumen radium o cualquier otra materia radiactiva, basta y sobra para mover, alumbrar dar comodidades a millones de habitantes. ¿Está claro?

—Como el agua. Con la electricidad de los saltos de agua se fabrica substancias radioactivas. Luego estas substancias fabrican a su vez electricidad y todo marcha como sobre ruedas—dijo Thomas Dyer.

—Ni más ni menos.

—Entonces está claro —dijo Harry Tierney—. Para inmovilizar a todos estos demonios mecánicos hemos de destruir los saltos de agua.

—No —negó mister Louis Frederick Stefansson—. Es muy probable que las fábricas atómicas tengan grandes cantidades de materias radiactivas acumuladas. Si fuera así, los generadores de energía eléctrica que consumen materias radiactivas continuarían funcionando hasta mucho tiempo después de haber sido inutilizado el último salto de agua natural. Creo que, si realmente hemos de inmovilizar este mundo electrificado, lo más conveniente sería atacar las emisoras de ondas eléctricas.

—No deben de ser muchas en número, ¿verdad? —preguntó Angel.

—Espero que no sean más de cuatro o cinco. Para un planeta tan

diminuto como éste deben bastar con creces.

—Disponemos de cuatro cajas de trinitrotolueno —observó George Paiton. —Bastarán.

—¿Cuándo empezamos a volar emisoras? —pregunto Edgar Ley reuniéndose con el grupo—. Quiero destruir a todos estos horribles monstruos electrónicos. Son antinaturales, monstruosos, impiadados y diabólicos. ¡Quiero vengar la muerte de mi hijo Bill!

—Cálmese, míster Ley —aconsejó von Eicken—. La venganza en el cuerpo de todos estos muñecos mecánicos no puede proporcionarle ningún consuelo. Es como si golpeara la piedra en que acaba de tropezar. Los robots son inhumanos, no tienen sentimientos ni son sensibles al dolor. Desconocen la muerte y no puede importarles ser destruidos, ¿comprende?

—Comprendo, míster Eicken—suspiró el ingeniero abatiendo la cabeza sobre el pecho.

—Además —prosiguió el sabio alemán—, no nos conviene destruir a todos los hombres mecánicos.

Nueve pares de ojos se clavaron en el alemán, interrogantes.

—Si eliminamos a los robots ¿cómo podremos sobrevivir en este planeta inhóspito? —preguntó von Eicken—. Por una paradoja aquí, como en los mundos poblados por seres humanos, hay hombres buenos y malos. Son malos los que en la plaza de la ciudad-concha avanzaban contra nosotros llamándonos bestias. Un ejemplo de hombre mecánico bueno, obediente y servicial nos lo ha dado este robot que acabamos de desmontar.

—¿Bueno? —gritó Miguel Angel—. ¿Cree usted que nos hubiera traído hasta aquí a no amenazarle yo con mi fusil atómico?

— ¡Por Dios, míster Aznar! —rió el sabio alemán—. ¿No estamos diciendo que los robots no distinguen entre la vida y la muerte? ¿Cree que este muñeco mecánico obedeció sus órdenes porque temía que usted cumpliera sus amenazas?

Angel comprendió la incongruencia en que acababa de incurrir y enrojeció vivamente.

—Sin embargo —murmuró débilmente—, el nos trajo aquí.

—Porque es un robot «bueno». ¿Donde está el *saissai* que capturó míster Balmer cuando se disponía a cazar una cabra salvaje?

—Desapareció —dijo míster Stefansson—. Debió huir esta noche.

—¿No dijo aquel hombre que «al dejar lista la última serie de los

más perfectos hombres mecánicos sobrevino la catástrofe para los hombres azules»?

—Si, algo así dijo.

—Pues está claro. Hasta que los *saissais* dejaron terminada la última serie, la más perfecta, de sus robots, todo marchaba bien. Fue al dar vida a la última serie de hombres mecánicos cuando éstos, los últimos en salir de sus fábricas, se rebelaron o les dio por asesinar a todos los hombres de carne, hueso, sangre y alma humanas. Eso explica perfectamente lo ocurrido. Antes de alcanzar la perfección en los hombres mecánicos, los *saissais* ya tenían trabajando a su servicio todo un ejército de robots. Este que nos trajo aquí tan servicialmente es uno de los fabricados con anterioridad a los que asesinaron a sus geniales creadores. Este robot fue adiestrado exclusivamente para pilotar aviones. Me fijé en su torpeza para caminar por el sendero lleno de piedras al venir hacia esta cueva. Estaba ya sentado ante los mandos de la «zapatilla volante». Su misión exclusiva es pilotar aeronaves, por eso estaba inmóvil allí, esperando a que alguien subiera al aparato y le dijera a dónde quería ir en lengua *saissai*.

—¡Caramba! —exclamó Harry Tierney—. ¡Pues es verdad!

—Como éste deben de haber centenares de hombres mecánicos cuya exclusiva función será pilotar aviones, conducir automóviles, trabajar en las minas, servir de mayordomos…, en fin, desempeñar todas las funciones que en nuestro mundo ejecutan los hombres. No debemos destruir a estos fieles servidores del hombre. Si hemos de vivir para siempre en este planeta debemos empezar por rodearnos del mayor número de auxiliares posibles. Auxiliares como estos robots, insensibles al cansancio, fieles con fidelidad mecánica, capaces de esperar sentados ante el volante de un coche eléctrico durante siglos enteros, sin aburrirse ni pedir comida, hasta que llegue alguien y les diga: «Robot, a la Avenida Cuarenta y dos».

—Sí, sí… —aplaudió Harry Tierney—. En todo eso tiene razón. ¿Pero cómo destruir a los robots malos y dejar «vivir» a los buenos?

—He aquí el problema—murmuró el sabio abriendo los brazos con impotencia.

—Si cada serie de robots utilizara distinta onda para moverse tal vez fuera posible asaltar las emisoras de ondas eléctricas y dejar sin efecto las que atañen a los robots malos—insinuó Richard.

—No sería lógico que ocurriera así. No seria práctico que las ondas que mueven a unos robots dejaran insensibles a los otros. Y los hechos nos demuestran también que todos los hombres electrónicos trabajan en la misma onda. Cuando volvió la luz a la ciudad-concha se

pusieron en movimiento varios robots cuyas declaradas intenciones eran matarnos —dijo el profesor Erick von Eicken—. No habrá más remedio que destruir todas las emisoras e inmovilizar a todos los hombres mecánicos, buscar luego a la última serie de éstos y destruirlos. La tarea que nos espera luego para volver a levantar este imperio mecánico no será pequeña. Tendremos que reparar todo cuanto destruyamos si queremos contar con la ayuda de las máquinas.

—Eso quiere decir que hemos de procurar dañar lo menos posible las estaciones generadoras—insinuó Miguel Angel.

—Exacto.

Siguieron unos minutos de silencio. Luego:

—Bien —dijo Miguel Angel—. ¿Cuándo empezamos?

—Cuanto antes mejor —murmuró míster Stefansson—. SI damos tiempo a los robots para que exploren todo el planeta palmo a palmo acabarán por destruirnos. Respecto a esas emisoras, ¿recuerdan la conversación que escuchamos por radio la noche de nuestra arribada a este mundo?

—Si —dijo Richard—. Cierta estación RV-4 llamaba a cierta estación RD-0 dándole noticias de haber sido destruidas por la tempestad las instalaciones del río Acuto. Las fábricas D y H habían quedado paralizadas por falta de energía eléctrica. RV-4 pedía a RD-9 que emitiera ondas en 13 metros con intensidad de 10 unidades desconocidas para nosotros.

—Lo que quiere decir que cuando falla alguna estación emisora de fluido eléctrico, las restantes emisoras suplen esta falta emitiendo sus ondas para que pueda seguir funcionando la fábrica afectada por el corte. Supongo que con la ciudad-concha ocurrió una cosa parecida. Alguna otra emisora mandó energía a la ciudad para suplir la que producía la fábrica generadora que ustedes volaron con TNT.

—Sí, no es difícil imaginarlo—murmuró Angel.

—Con la destrucción de las centrales eléctricas del rio Acuto por la tempestad y la voladura del generador atómico contiguo a la ciudad-concha por nosotros, este planeta debe de andar bastante fastidiado con las restricciones —apuntó Richard Balmer—. Toda la energía que ahora recibe la ciudad-concha habrá sido retirada de alguna otra parte.

—Tarea nuestra es averiguarlo —dijo míster von Eicken—. Averiguar cuántas estaciones de electricidad hay en este planeta y la mejor forma de paralizarlas.

Inmediatamente se pusieron a la tarea de preparar el plan. Saltaba a la vista que era elemental efectuar algunos raids de exploración y observación con el fin de localizar a las estaciones emisoras de fluido. Miguel Angel decidió ocuparse personalmente de realizar algunos vuelos con la «zapatilla volante». Rogó a Richard que volviera a montar el robot piloto. El joven norteamericano se puso inmediatamente a la tarea. Después de bregar con la máquina hasta que se ocultó el Sol, se confesó incapaz de volver a poner en marcha al hombre mecánico. Al parecer había echado a perder algunos elementos indispensables para los que no había remedio, al menos en su actual carestía de materiales eléctricos.

—No importa —dijo Angel—. A todos nos ha pasado desmontar de pequeños un reloj y dejarlo inservible para siempre. Yo mismo pilotaré el aparato.

Harry Tierney se empeñó en acompañar al español.

—¿No sería mejor que usted llevara a cabo otras exploraciones por su cuenta con el helicóptero?—sugirió Angel.

—¿Y si el ruido del motor atrae la atención de los hombres mecánicos? No es fantástico esperar que dispongan de alguna defensa en sus ciudades y fabricas contra las naves aéreas.

—Me parece, señores, que estamos concediendo a los hombres mecánicos mas inteligencia de la que en realidad poseen —dijo míster Stefansson—. No esperen encontrar defensas antiaéreas. Los hombres azules vivieron aquí durante miles de años sin recibir la visita de ningún extraño. Ellos eran los únicos pobladores de este mundo. ¿Si no temían que nadie viniera a guerrear con ellos para qué habían de tomar precauciones defensivas?

—¿No incurrirá usted en el error de menospreciar la inteligencia de los robots? —preguntó a su vez Harry Tierney—. Han demostrado ser muy listos cuando al fallar una estación emisora de fluido ordenan por radio a la estación vecina que les ayude.

Míster Louis Frederick Stefansson se echó a reír.

—Va a llevarse usted una gran sorpresa el día que lleguemos a lo más profundo de los cimientos sobre los que se levanta este edificio mecánico. Los robots no son el elemento indispensable de este mundo. No se necesitan hombres mecánicos ni verdaderos allí donde trabajan máquinas pensantes especializadas. Empiecen por considerar que la máquina pensante no ha de tener por fuerza figura y movimientos parecidos a los nuestros. En realidad, las máquinas pensantes serán tanto más inteligentes y poderosas cuanto más grandes sean. Las más perfectas máquinas pensadoras las encontraremos en este mundo no

en forma de muñecos, sino en formas más raras. inmóviles y dedicadas exclusivamente a «pensar».

—¡Ojalá fuera así!—exclamó George Paiton.

—Estoy seguro de que es como digo. En la Tierra, más específicamente en las fundiciones de acero Bethlehem y en otras muchas empresas de nuestro mundo de origen, existen ya grandes secciones donde los ingenieros electrónicos se han hecho cargo de todos los trabajos sin que se vea por allí persona alguna. Cuidan de la combustión, regulan la temperatura, vierten el acero líquido en las lingoteras, laminan los bloques de acero y guían los martillos de molde. Ejecutan, en fin, todas las maniobras que emplearían a millares de individuos o de robots. El robot es un sustituto del hombre en las tareas más pequeñas. La voz que nosotros escuchamos por radio no procedía de ningún hombre mecánico, sino de otras máquinas fijas en las emisoras con el exclusivo encargo de reclamar ayuda a otras fábricas al fallarle el fluido eléctrico. Ustedes mismos vieron en la ciudad-concha cómo llegaba un tren sin maquinistas robots, cómo se abrían las puertas, se cerraban tras el convoy y actuaban las grúas descargando la mercancía y clasificándola sin intervención de ningún hombre mecánico.

—¡Un momento! —llamó Miguel Angel—. En esa misma fábrica nos atacaron dos robots. ¿Está seguro de que no eran los directores de aquella central?

—¡No hombre, no! —rió el profesor Stefansson. Aquellos robots serian, a lo más, los encargados de barrer el piso y limpiar con un trapo el exterior de las máquinas. Aquella fábrica está capacitada para funcionar durante centenares de años, sin interrupción y sin la intromisión de hombres humanos ni mecánicos.

—Entonces...—balbuceo Harry Tierney.

A menos que haya en cada fábrica de electricidad uno o más robots de la última serie, la tarea de parar los generadores no reunirá serias dificultades. y ahora, y puesto que ya estoy harto de sacar deducciones sin salir de este lóbrego agujero, insisto en acompañar a míster Aznar en su vuelo preliminar.

—Yo acompañaré a míster Tierney en el helicóptero—añadió von Eicken.

Nadie tenía nada que oponer. Mientras sacaban el helicóptero a la luz de las estrellas, Miguel Angel, el profesor Stefansson y George Paiton se adosaron sus «baks» y, despidiéndose rápidamente de los demás deseando a unos suerte y rogando a los otros paciencia y sosiego, desaparecieron en dirección al cañón donde estaba oculta la

esbelta «zapatilla volante».

Bárbara Watt, consciente de los peligros que entrañaban un despegue de la «zapatilla» en aquellos profundos barrancos, presenció nerviosa el despegue del helicóptero y luego esperó con los ojos fijos en el cielo. Poco después se escuchaba el ulular del motor a reacción y la «zapatilla» pasaba sobre el cañón con la velocidad de un relámpago plateado.

Bárbara agitó la mano en señal de despedida y volvió a la cueva, donde en compañía de Else von Eicken, de Richard y de Thomas Dyer se esforzó en consolar al afligido padre de Bill Ley.

Las horas pasaron lentamente y empezó a anunciarse el alba. Se oyó el ronquido del motor de explosión del autogiro y el silbido de las grandes palas al batir el aire. El helicóptero se posó ante la cueva. Harry Tierney y el profesor Erich von Eicken saltaron a tierra.

—¿Han regresado míster Stefansson y los demás? —preguntaron.

—Todavía no. ¿Cómo fue el raid?—preguntó Richard.

—Estupendamente. Hemos levantado un mapa de todo lo que vimos.

La conversación fue interrumpida por el rugir del motor a reacción de la «zapatilla volante», que regresaba. Bárbara, sin poder reprimir por más tiempo su impaciencia se adelantó hacia el fondo del cañón. A la luz rosada del amanecer aparecieron, surcando los aires a gran velocidad, encerrados en sus grotescas vestiduras metálicas y sus escafandras de cristal, Miguel Angel, míster Stefansson y George.

Poco después Miguel Angel se reunía con sus compañeros llevando enlazada por la cintura a su bella esposa. El español estaba satisfecho. Su raid nocturno no podía haber sido más fructífero. Había dado tres veces la vuelta al diminuto mundo que les llevaba sobre sus lomos a través de las estrellas, hasta los rincones más remotos del Universo.

George Paiton estuvo muy ocupado durante toda la noche levantando un estupendo mapa con los principales accidentes geográficos y la situación de las industrias creadas por los hombres de raza azul.

Había cuatro centrales hidroeléctricas en el planeta. Los pantanos, lo mismo que los ríos que les alimentaban, no eran muy grandes, y dos de ellos estaban vacíos por roturas de las presas. Cada una de estas fábricas de electricidad tenía una antena, evidenciando así la existencia de estaciones emisoras de ondas eléctricas que alimentaban a dos enormes fábricas atómicas. Las fábricas atómicas estaban a su

vez enlazadas por vía férrea con cuatro estaciones generadoras-emisoras de ondas eléctricas. Por ultimo, cada una de las antenas de estas poderosas centrales térmicas suministraba fluido a dos ciudades encerradas en su caperuza de cristal y a multitud de fábricas menores.

Las dos ciudades eran idénticas y estaban ubicadas en sus respectivos antípodas, una en el centro de cada hemisferio. Cada ciudad tenia junto a si una de las centrales generadoras-emisoras. Las otras dos centrales térmicas ocupaban los polos Norte y Sur y parecían encargarse exclusivamente del resto de la industria de sus respectivos hemisferios. En total había que destruir o paralizar a cinco fábricas de electricidad y a esta tarea se aplicaron los terrestres en los siguientes días.

CAPITULO IX

LA CONQUISTA DE UN IMPERIO

ANTE los ojos de Miguel Angel apareció el macizo montañoso donde estaba situado el embalse. Sobre ellos el Sol brillaba esplendoroso y enorme. Cerca del horizonte se veía otro Sol del tamaño del que rige la vida en el planeta Tierra. Por último, y algo más al Sur, brillaba un tercer Sol de tamaño parecido. El profesor Stefansson predecía para los días venideros una época de ardoroso calor. Además, mientras cruzaban a través de aquellos astros el día seria continuo porque siempre habría uno o más soles alumbrándoles y achicharrando la superficie de este mundo, sometido a los más bruscos y diversos cambios de temperatura en su veloz marcha a través del Universo.

Ahora, míster Stefansson, de pie y algo inclinado hacia adelante para que su cabeza no chocara con el techo de la cabina de la «zapatilla volante», señaló a la gran extensión de agua que espejeaba al sol hiriendo las pupilas de los pilotos, Miguel Angel Aznar y George Paiton.

—Allí está el embalse.

Richard Balmer saltó de su cómodo asiento y miró también a través de los cristales. Los cuatro terrestres, reunidos una vez más para enfrentarse con el peligro, contemplaron con pupilas codiciosas el pantano que, con la instalación-hidroeléctrica situada a su pie constituía su objetivo de hoy.

Dos días antes habían atacado por sorpresa la segunda de las centrales térmicas, paralizando de nuevo toda la vida de la ciudad-concha. Pero antes de que tuvieran tiempo de penetrar en ella y dedicarse a la «matanza» de robots asesinos, las máquinas automáticas cortaron el fluido del embalse a la única fábrica atómica que funcionaba en el hemisferio Norte y lo dirigieron hacia la ciudad-concha dando al traste con los planes de los terrestres.

La ciudad transparente todavía lucía esplendida durante las últimas noches. Esto puso en evidencia lo que ya el sabio profesor Stefansson, cada día más sabio y distraído, había supuesto. Esto es: que los hombres azules, al hacer la distribución de la energía eléctrica, habían dispuesto que lo último que dejara de funcionar fuera precisamente la ciudad donde moraban con todos sus servicios urbanos y comodidades. Por lo tanto, era indispensable eliminar la central hidroeléctrica paralizando así toda la actividad del hemisferio Norte.

Luego que hicieran esto cabía en lo posible que el hemisferio Norte todavía recibiera energía del hemisferio Sur, pero en estos momentos el helicóptero fabricado en Wheeling, Ohio, Estados Unidos de América, Planeta Tierra, volaba hacia el sur con Harry Tierney, el profesor Erich von Eicken, Thomas Dyer y Edgar Ley, para empezar la destrucción de las fábricas de electricidad de aquel hemisferio, empezando por los pantanos y dejando la voladura de las centrales térmicas para atacarlas en unión del grupo del profesor Stefansson.

Ahora, Angel redujo la velocidad de su «zapatilla volante» y pasó sobre la presa a muy poca altura.

El dique de contención de las aguas estaba firmemente hincado entre las altísimas paredes de un angosto cañón. La obra tendría unos cien metros de altura y a su pie, diminuta con relación al tamaño del dique, se veía la fábrica de electricidad.

La formidable obra de ingeniería había obligado a retroceder al rio por el otro lado formando un lago artificial no muy ancho, pero con varias millas de longitud.

Miguel Angel llevó su avión hasta donde se estrechaba nuevamente, le obligó a dar media vuelta y amaró sobre las verdes y sosegadas aguas.

Por esta vez, tres de los cinco «baks» que poseían los llevaban Harry Tierney y su grupo en el helicóptero. Los otros dos los llevaban el profesor Stefansson y Richard Balmer, respectivamente. Hoy, al menos, Miguel Angel Aznar limitaría su participación en el sabotaje a pilotar el avión y dejar al profesor y a su intrépido acompañante lo más cerca posible de la central. George Paiton tampoco intervendría en la acción.

Angel dejó que la esbelta aeronave se deslizara por el lago hasta llegar al muro de contención. Allí se dirigió hacia la izquierda y detuvo el avión junto a la orilla. El profesor y Richard tomaron la caja de trinitrotolueno y el fusil ametrallador atómico arrebatado a los robots de la ciudad-concha y se elevaron rumbo al dique. Poco después descendían al otro lado de la presa y desaparecían a la vista del español y del neoyorquino.

Los dos jóvenes esperaron impacientes. A medida que transcurría el tiempo aumentaba su nerviosismo. Por fin aparecieron los dos saboteadores, ya sin la caja de TNT, salvaron la distancia que les separaba del avión en unos segundos y se posaron sobre la «zapatilla» con la suavidad de palomas.

—¡Listo! —sonrió el profesor Stefansson frotándose las manos con entusiasmo.

—¿Dónde dejaron los explosivos?

—Donde no puedan hacer demasiado daño y donde paralicen la producción de energía.

—¿No encontraron resistencia?

—Ninguna. Habían tres hombres mecánicos allí. Eran del tamaño más chico. Nos miraron sin asombrarse —seria realmente extraordinario que se asombraran— y nos dejaron hacer sin decir palabra ni oponerse lo más mínimo. Es como yo les decía. Los únicos robots verdaderamente temibles son los que miden dos metros y medio de alzada y tienen la cara más fea. He estado pensando en la posibilidad de que estos grandes hombres mecánicos fueran creados por los *saissais* con vistas a que desempeñaran funciones más complicadas y peligrosas que los otros.

—¿Como por ejemplo?

— ¡Vaya usted a saber! —sonrió el profesor—. Algún día, cuando entremos en posesión de lo que nos legaron sin saberlo los hombres de raza azul, tal vez lo sepamos.

—¿Nos vamos ya?—preguntó Angel empuñando los mandos.

—Espere un momento. Quiero asegurarme de que los detonadores no fallan.

Esperaron unos minutos. El profesor Stefansson tenía los ojos fijos en su cronómetro terrestre.

—¡Ahora!—gritó.

Como un eco a sus palabras se dejó oír una potente explosión. Las tersas aguas del lago artificial se rizaron en un temblor nervioso. Luego todo quedó en el más completo y mortal de los silencios.

—Ya está destruida la última fabrica del hemisferio Norte —dijo míster Stefansson—. ¿Les parece bien que volemos ahora hasta la ciudad-concha para ver los efectos que hemos causado allí?

Ni Miguel Angel ni George, ni mucho menos Richard, deseaban otra cosa. Aquella desigual lucha, y la necesaria demora de su tranquilidad física y moral tenían a todos sobre ascuas. Angel se apresuró a despegar y puso la proa afilada de la «zapatilla» en dirección a la hermosa ciudad de cristal. Abrió todo el regulador y la velocidad del aparato pasó a ser superior a la del sonido, llegando en breves minutos a la vista de la ciudad.

La cúpula de cristal que albergaba el bosque de rascacielos centelleaba a la viva luz de los tres soles visibles, como un diamante.

Angel hizo una pasada rasante a gran velocidad sobre la ciudad.

—¡Bravo! —aulló Richard saltando de alegría y golpeándose con la cabeza en el techo al hacerlo—. ¡Lo conseguimos al fin! ¡No se mueve ni una rata en la ciudad!

Así ocurría. Angel hizo otra pasada sobre la ciudad a menos marcha y la vio, a través de la campana que la cubría, como unos días antes. Los automóviles estaban parados y tumbados sobre un lado. Por las calles se veían hombres mecánicos caídos y otros derechos, muertos, sin vida, vueltos a lo que en un principio fueran: acero insensible, muerto, frío...

—¡Rápido, míster Aznar! —apremió el profesor. Aterrice frente a la puerta de la .ciudad y empecemos a destruir robots gigantes antes de que vuelva la corriente.

—¿Y si vuelve mientras estamos dentro?

—¡Creo que, al menos para esta ciudad, no volverá el fluido mientras nosotros no reparemos las fabricas!

Angel llevó al avión hasta la enorme puerta de la ciudad-concha y aterrizó sobre la limpia, brillante y pulida cinta de la autopista. Como días atrás, dos grandes robots montaban guardia uno a cada lado armados de fusiles ametralladores atómicos. Pero no se movían.

También como días atrás, los terrestres les arrebataron las armas y los destrozaron a tiros desde quince metros de distancia. Se lanzaron avenida adelante.

—Supongo que la Comandancia habrá puesto en marcha su pila atómica y tendrá luz y movimiento —insinuó Miguel Angel, que no las tenia todas consigo.

—No importa —gruñó Richard con ferocidad—. Ahora somos tres armados de fusiles ametralladores atómicos. Presentaremos batalla a esos trastos.

—¿Que necesidad hay de correr peligros?—intercedió el profesor Stefansson—. Yo creo que en vez de aventurarnos en un combate cara a cara con los robots, deberíamos buscar y destruir la pila atómica que sostiene ese último bastión.

—No está mal pensado —dijo George—. ¿Pero cómo localizar esa pila?

—Si está en alguna parte será con toda seguridad en los sótanos, bien aislada con muros de plomo.

Continuaron andando por las calles. Esta vez no dejaban o sus

espaldas ningún hombre mecánico de los de gran talla y desprovistos de belleza. Cada vez que encontraban alguno de pie, caído en mitad de la calle u ocupando el interior de cualquier automóvil se detenían y lo fusilaban a mansalva. Las explosiones atómicas se sucedían casi ininterrumpidamente, llenando de resonantes ecos los rincones más ocultos de la ciudad muerta.

Míster Stefansson llevaba la cuenta de los robots que sus compañeros aniquilaban. Cuando desembocaron en la enorme plaza donde estaba ubicada la comandancia, el profesor llevaba la cuenta de veintiséis robots reducidos a montones de hierros retorcidos. En la plaza se detuvieron mirando hacia la comandancia. Las dos esferas coloradas del portal seguían brillando y también todas las ventanas estaban iluminadas. Los dos centinelas que guarecían la puerta dispararon contra los terrestres. Estos retrocedieron apresuradamente tras la esquina del rascacielos que formaba el chaflán de la avenida.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó Miguel Angel—. No creo que haya medio de tomar ese edificio. Y, además de todo esto, existe la posibilidad de que los hombres mecánicos se lancen ahora a la calle y nos convirtamos de perseguidores en perseguidos.

—Si eso fuera posible ya habrían salido a buscarnos. Hace rato que estarán advertidos de nuestra presencia por el ruido de los disparos. La energía que emite la pequeña emisora de la Comandancia debe de limitar su campo de acción al edificio. De lo contrario, todos los robots gigantes que vemos por aquí estarían moviéndose.

La sugerencia del profesor estaba sobrecargada de lógica. Prácticamente, la ciudad estaba en sus manos, pero quedaba el bastión inexpugnable de la Comandancia. Aunque los hombres mecánicos no pudieran salir de allí, sujetos como debían de estar a la longitud de onda de su pequeña emisora, los terrestres tampoco podían entrar.

—No tenemos prisa —refunfuñó el profesor—. Podemos esperar.

—¿Hasta que se agote su pila atómica?

—Cuando se agote la pila no dejara de haber una máquina que la aprovisione nuevamente.

—Entonces no perdamos tiempo —mascullo Miguel Angel, irritado y ceñudo—. Probemos a atacar por arriba. ¿Conformes?

Nadie opuso la menor objeción. En el ánimo de todos palpitaba el mismo rencor e irritación. Buscaron uno de los ascensores cohete, los únicos que podían funcionar sin corriente eléctrica. El cohete les llevó en unos segundos hasta la misma plataforma de donde tomaran la «zapatilla volante» que les sirvió para escapar días antes. Los robots

pilotos seguían en sus puestos, impasibles y quietos. Un silencio asfixiante oprimía a la ciudad. La luz de los tres soles que surcaban el cielo entraba libremente a través de la gigantesca cúpula de vidrio y al atravesar los frágiles y elegantes caminos aéreos se descomponía en todos los colores del arco iris, envolviendo a la ciudad en una ola de cálidas tonalidades como si cuanto presenciaban los ojos terrestres fuera el palacio de unas hadas levantado sobre un país de maravilla.

Nuestros amigos, sin embargo, estaban ahora demasiado preocupados para entretenerse en la contemplación de aquellas bellezas. Uno de los senderos transparentes conducía de la terraza-hangar al terrado de la Comandancia. También pudieron ver un ascensor cohete, pero no se atrevieron a utilizarlo por temor a que les descubrieran los hombres mecánicos.

Atravesaron el abismo abierto a sus pies por la delgada lámina de cristal. Al poner pie sobre la terraza de la Comandancia soltaron un suspiro de alivio. Se encaminaron hacia el arranque de la escalera y empezaron a bajarla lentamente pisando de puntillas.

Registraban cada piso, decididos a no dejar enemigos a sus espaldas. Diez pasos dejaron atrás, todos limpios de robots: pero al undécimo ocurrió lo que estaban esperando. Un robot les salló al encuentro. iba armado de un fusil atómico y al verles dejó escapar un horrible alarido. Rápidos como el relámpago, George y Richard dispararon al mismo tiempo, reduciéndolo a pedazos. Inmediatamente se dejo oír el aullido aterrador de una sirena dentro del rascacielos.

—¡Nos fastidiamos!—rugió Richard propinando un furioso puntapié a los restos del hombre mecánico.

¡Por aquí... vengan por aquí!—les llamó el profesor desde una puerta.

Se lanzaron todos por ella atropelladamente. Aquella puerta era la de un pequeño ascensor, y como nadie esperaba encontrarse con una pared, chocaron contra ella estrepitosamente. Míster Stefansson apretó el botón de bajada y el ascensor descendió a terrible velocidad, deteniéndose con una brusca sacudida al tiempo que se abrían las puertas rápidamente.

Cayeron en confuso montón al suelo y aquella providencial caída les salvó de una muerte cierta. Ante ellos había un hombre mecánico firmemente plantado, con las piernas abiertas y con un fusil ametrallador atómico entre las manos. El fusil del robot dejó escapar un chorro de pequeños proyectiles que pasaron sobre las cabezas de los terrestres, entraron en el ascensor y lo redujeron a polvo con fragor terrorífico.

Un pedazo de hierro, despedido con tremenda fuerza por la explosión, golpeó a Richard en la cabeza y le destrozó la escafandra de cristal del «bak» que llevaba puesta. La dureza del cristal salvó la cabeza del norteamericano de una indudable fractura, pero uno de los vidrios le cortó un buen pedazo de oreja, dejándosela colgando y soltando un chorro de roja sangre.

George Paiton tampoco salió indemne. Uno de los pedazos de metal se le clavó en el muslo profundamente, dejándole fuera de combate.

Miguel Angel, todavía aturdido por las explosiones, disparó desde el suelo contra el robot. Los diminutos proyectiles alcanzaron a la máquina en mitad del pecho y la convirtieron en una horrorosa dispersión de pedazos de metal y de hilos. Esta vez, uno de los fragmentos golpeó con fuerza contra el fusil del español, se lo arrancó de las manos y se lo tiró violentamente contra la cara, haciéndole perder el sentido.

El profesor Stefansson se había cubierto la cabeza con los brazos, esperando que un pedazo de hierro o un proyectil de aquel combate desarrollado con armas atómicas a corta distancia acabara con el. Al hacerse el silencio, míster Louis Frederick Stefansson retiró los brazos y miró a su alrededor con asombro.

En mitad del suelo, cubierto de restos del ascensor, de materia plástica y de hombre electrónico, estaba Miguel Angel Aznar sin sentido. Un poco más allá estaba George Paiton, blanco como el papel, lanzando gemidos de dolor. Richard Balmer, aturdido y asombrado, se palpaba la oreja. Entre sus dedos corría la sangre escandalosamente roja. Los ojos del profesor, siguiendo la inspección en derredor, cayeron sobre una gran máquina que ocupaba el centro de la habitación. Rápidamente se puso en pie, corrió hacia ella y buscó febrilmente el cuadro de mandos, porque aquella máquina era la pila atómica que proporcionaba energía eléctrica a todo el edificio de la Comandancia.

El cuadro de mandos estaba a la derecha. Míster Stefansson se apresuró a correr hacia él. Se detuvo indeciso descifrando los caracteres *saissais* que indicaban la forma de poner en marcha y detener las revoluciones de la dinamo accionada por la pila atómica.

En este momento se oyó un grito antinatural, horrible, estridente:

—¡Detente, bestia!

El profesor se volvió automáticamente con una palanca en la mano. Por el hueco de una escalera acababa de aparecer un hombre mecánico que empuñaba entre sus manos de acero un fusil

ametrallador atómico.

Míster Louis Frederick Stefansson casi sintió en sus carnes el movimiento del índice de acero al apretar el disparador del fusil. Desesperado, el sabio tiró de la palanca y se dispuso a morir fulminado. Todo quedó a oscuras… y no se produjo ningún disparo.

Cuando el ilustre sabio recobró el resuello buscó por sus bolsillos las cerillas y encendió una. La temblorosa luz de la cerilla le mostró al hombre mecánico inmovilizado en el preciso momento de ir a disparar su fusil ametrallador atómico. Todavía apuntaba al profesor con el dedo sobre el disparador.

Míster Stefansson le empujó suavemente con el dedo. El robot perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Entonces se le disparó el fusil contra el techo. Míster Louis Frederick Stefansson, considerando que se había portado ya como los verdaderos héroes, optó por desmayarse del susto.

CONCLUSION

La caída de la ciudad-concha del hemisferio norte puso prácticamente a todo el imperio Electrónico en manos de los audaces terrestres. En el puerto estaba todavía la astronave guerrera de los desdichados hombres de piel azul.

George Paiton, con gran sentimiento, no pudo tomar parte en la última acción contra las centrales-emisoras de energía. En realidad, esta misión de aniquilamiento fue muy poco espectacular. Los terrestres se elevaron con la poderosa aeronave, volaron sobre las centrales-emisoras del hemisferio sur y las volaron simplemente apuntándolas con un proyector de «rayos ígneos» y apretando un botón.

Luego de liquidar a estas centrales, el Imperio Electrónico quedó totalmente inmovilizado y nuestros amigos pudieron dedicarse sin prisas a la destrucción de todos los robots de la última serie, los mismos que destrozaron a sus propios creadores.

Una vez libres de posibles enemigos, el profesor Stefansson y el profesor von Eicken se dedicaron a buscar la forma de reparar las fábricas que ellos mismos habían destruido. La empresa seria larga y ardua, pero con el auxilio de los poderosos medios de que disponían, no imposible.

Según pudieron comprobar, simplemente visitando las fábricas esparcidas por todo el planeta, el Imperio Electrónico había continuado sus actividades después de haber muerto el último de los hombres de piel azul. En los inmensos almacenes subterráneos se amontonaban alimentos para millones de habitantes durante otros tantos millones de años. Prendas de vestir y de calzar, instrumentos, aparatos de uso doméstico, armas, caucho sintético, automóviles, tractores, aviones... todo cuanto se pueda imaginar estaba almacenado en cantidades colosales, incalculables, abrumadoras... El Imperio mecánico, indiferente e ignorante a que los hombres que podían utilizar todo aquello habían desaparecido siglos atrás de la faz del planeta, siguieron silenciosas, afanosas, incansables y ciegas, elaborando los alimentos, los vestidos, los tejidos... ¡todo cuanto ya nadie habría de usar jamás!

También en las ciudades-concha la vida había seguido su curso, desconociendo la inutilidad de sus esfuerzos y lo vano de su actividad.

Los grandes rascacielos, deshabitados, se iluminaban todas las noches por un dispositivo automático. Los criados mecánicos lavaban la ropa de las camas en las que nadie se acostaba, servían las comidas

que nadie consumía, conducían los taxis que nadie utilizaba excepto los más inteligentes hombres-mecánicos de gran talla y espíritu asesino. Los terrestres estaban en posesión de una ciudad capaz de contener a dos millones o más de habitantes. Nunca diez personas consumirían los alimentos disponibles. Podrían vivir allí eternamente y nunca dejarían de estar cómodos y bien atendidos.

En la Comandancia, ocupando todo un piso, había una máquina que era el compendio de todas las sabidurías. Almacenados en su interior había unos cien millones de laminas de acero, finísimas, conteniendo todos los datos que el más exigente de los hombres pudiera pedir.

—Es un portento de máquina —dijo el profesor Stefansson el día que, reparados los saltos de agua, pudo funcionar—. Por ella he averiguado que en los días de ser aniquilados, los hombres azules estaban ultimando las tareas preliminares para construir una nave capaz de vencer la fuerza de atracción de este planeta y surcar el espacio con la velocidad de la aceleración de la fuerza de la gravedad. Todo está a punto. Sólo falta que utilicemos la gran industria que tenemos a nuestra disposición para construirla en unos cuatro años. Nuestro retorno a la Tierra es una posibilidad cierta.

—¡Oh, si fuera verdad… si fuera verdad—gimió Bárbara.

—Volveremos —aseguró el profesor von Eicken. Y luego añadió: —Pero jamás veremos lo que dejamos allá. Según las teorías de Einstein sobre la relatividad del tiempo en el espacio, cuando lleguemos a la Tierra, dentro de cuatro o cinco años, habrán transcurrido… ¡mil años terrestres!

— ¡¡Mil años!!

Erich von Eicken asintió gravemente. Una lágrima temblaba en sus rubias pestañas. La Tierra que ellos volverían a ver seria, sin duda, muy diferente a la que habían dejado al partir hacia Venus.

F I N

INDICE

COLECCIÓN

LUCHADORES DEL ESPACIO

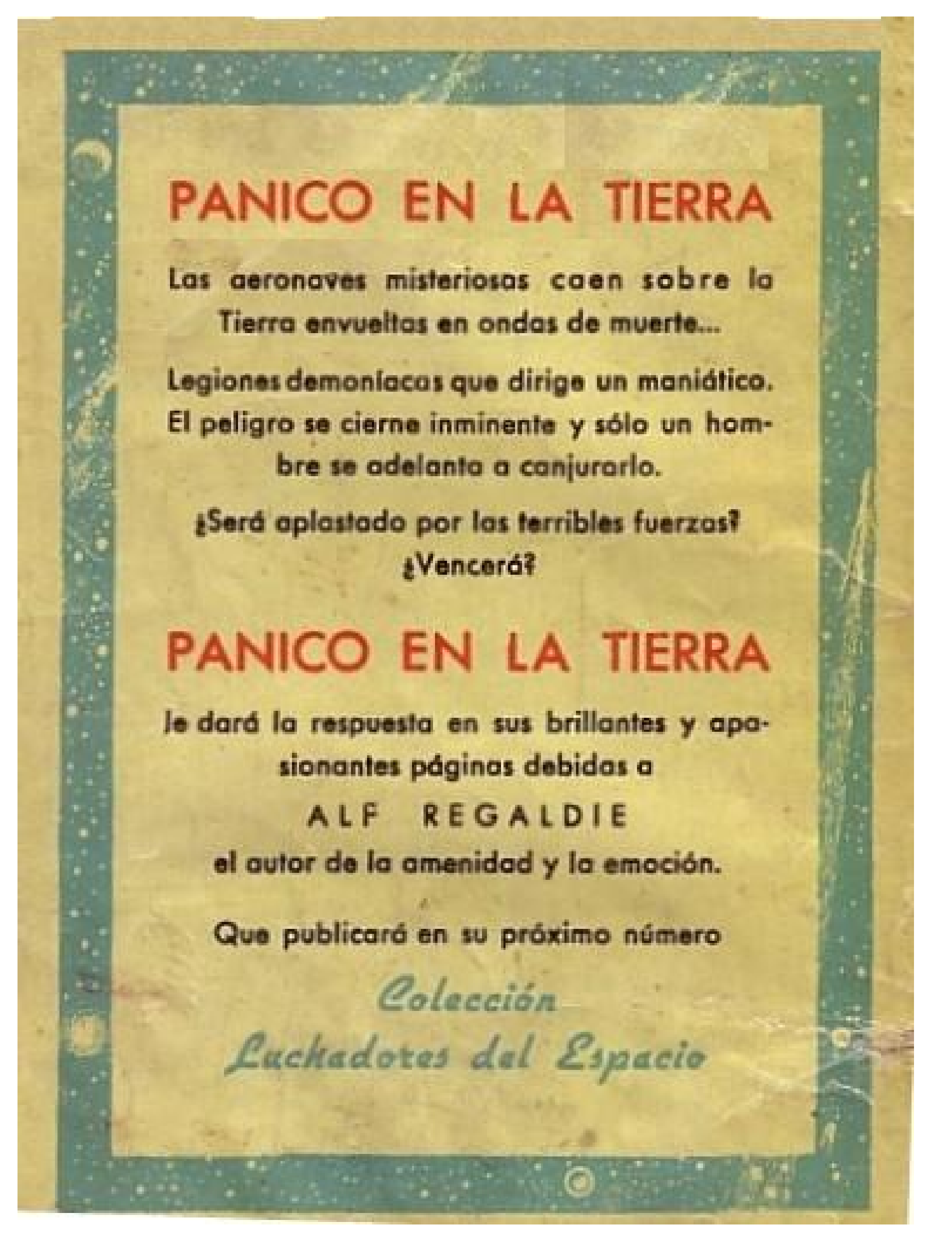
Títulos publicados y en existencia que puede usted adquirir solicitándolo a su habitual proveedor

1. — Los hombre de Venus. George H. White.

2. — El planeta misterioso. George H. White.

3. — La ciudad congelada. George H. White.

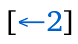
4. — Cerebros electrónicos. George H. White.



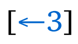
Precio: 5 Pesetas

[←1]

Esto hubiera ocurrido así porque el aparato en que viajaban nuestros amigos había salido de la zona de atracción de Venus, de donde procedían (véase «LA CIUDAD CONGELADA»), y porque no habiendo en aquel momento ninguna masa que tirara de ellos y de los objetos hacía abajo, tiraban por igual de ellos y en todos sentidos las masas del aparato, situando el campo magnético en mitad de la habitación y a igual distancia del piso que del techo, o sea «en el aire».



Véase «La Ciudad Congelada», publicada en esta colección.



La Ciudad Congelada» se publicó en el número anterior a éste.


Véase «El planeta misterioso, de esta misma Colección.